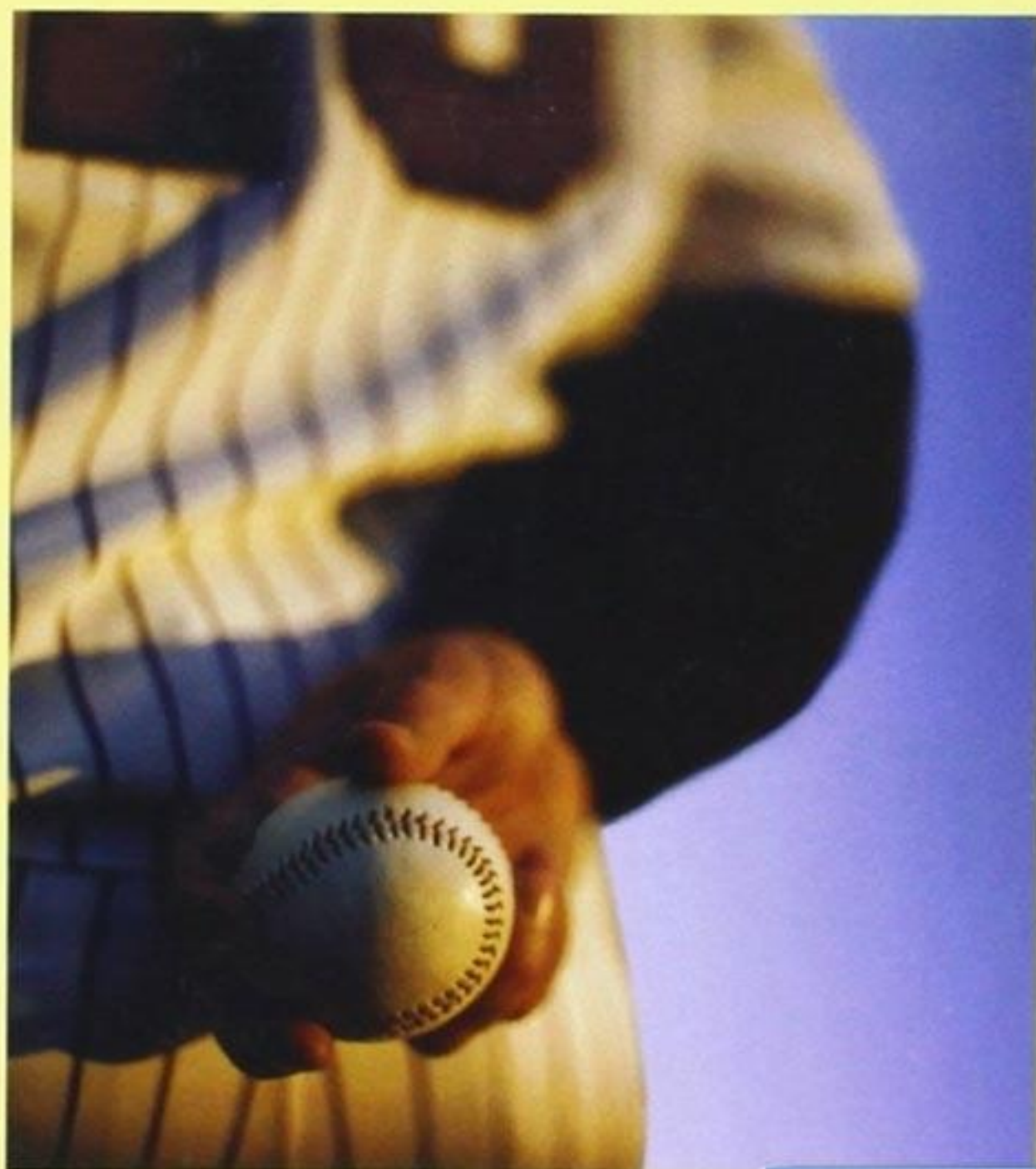


JOHN FANTE

Un año pésimo



Lectulandia

Dominic Molise tiene 17 años, es feo, bajo y desgarbado. Su familia está en la ruina y él aspira a ser un gran lanzador de béisbol, tiene una fe inmensa en su brazo izquierdo, un don con que Dios lo ha distinguido, y fe en su capacidad con la culta y rica Dorothy Parrish. Todos los acontecimientos de su vida predicen su glorioso porvenir: se le aparece la Virgen María, su brazo privilegiado le habla, cuando Dorothy quiere psicoanalizarle, él le roba unas bragas; y cuando el padre, que es un albañil en paro, quiere hacerle comprender la realidad de la vida, Dominic le roba una hormigonera oxidada para costearse el viaje a la celebridad.

Inédita hasta 1985, Fante escribió *Un año pésimo*, según declaraciones de su viuda, en la década de los sesenta, mientras trataba de mantener la posición económica que había alcanzado redactando guiones de cine. Pero el sistema de los grandes estudios se estaba desmoronando y Fante regresó a la literatura, que había descuidado durante mucho tiempo. En 1977 publicó *La hermandad de la uva*, mientras que en 1982, un año antes de su muerte, completó la tetralogía de Arturo Bandini con *Sueños de Bunker Hill*. Si la saga de Bandini gira alrededor de la lucha por la vocación, la de los Molise es básicamente un diálogo con el padre y trata de la decadencia de la familia y del redescubrimiento de los sentimientos familiares. Como factor determinante y común a ambas sagas, la voz cínica, delirante y cruelmente autoparódica de un protagonista-narrador peleado con el mundo y consigo mismo. *Un año pésimo* es quizá la novela más sencilla de Fante, pero la que concentra en estado más puro los recursos y características de su narrativa.

«El desengaño, la indiferencia, el extrañamiento y la angustia son la especialidad de los escritores de culto, y Fante es un ejemplo magnífico» (*The Times*).

«Una excelente novela escrita por uno de los olvidados, difuntos y grandes escritores de Estados Unidos... Con un autoanálisis implacable y una crispada prosa lírica, Fante toca el techo de cristal del sueño americano tal como lo viven las comunidades más pobres, sin temor a las responsabilidades personales del individuo. Breve, fuerte, dura y maravillosa» (*Metro*).

«Al igual que las obras de Bukowski, *Un año pésimo* es brutalmente realista y se nutre de la ira que despiertan las desigualdades sociales de la vida norteamericana. Es breve, es exacta, es inolvidable» (*Time Out*).

«John Fante podía componer música con las palabras... Sabía escribir frases que detenían el tiempo, hacer descripciones que apestaban a realidad intolerable y pintar imágenes del mundo que merecerían enmarcarse y

colgarse en la pared» (*Uncut*).

«Estrambótica, elegante y divertida» (*The List*).

«Una novela impresionante» (*The New Yorker*).

Lectulandia

John Fante

Un año pésimo

ePub r1.0

Titivillus 29.08.15

Título original: *1933 Was a Bad Year*
John Fante, 1985
Traducción: Antonio-Prometeo Moya
Fotografía de la cubierta: Allen Kennedy

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El invierno de 1933 fue malo. Volvía a casa aquella noche entre llamaradas de nieve, con los pies ardiéndome, las orejas echando humo y la nieve girando a mi alrededor como un rebaño de monjas enfadadas, cuando me detuve en seco. Había llegado el momento de hacer balance. Lloviera o luciese el sol, en el mundo había ciertas fuerzas que se habían puesto en movimiento con la intención de destruirme.

Dominic Molise, me dije, deténte. ¿Va todo según lo planeado? Analiza tu estado actual detalladamente, emite un juicio imparcial sobre tu situación. ¿Qué es lo que ocurre, Dom?

Estaba en Roper, Colorado, haciéndome más viejo cada minuto que pasaba. Me faltaban seis meses para cumplir dieciocho años y terminar el bachillerato. Medía un metro sesenta y dos de estatura y en tres años no había crecido ni un centímetro más. Tenía las piernas arqueadas, los pies hacia dentro y unas orejas dignas de Pinocho. Tenía los dientes torcidos y más pecas en la cara que un huevo de codorniz.

Era hijo de un albañil que llevaba cinco meses sin trabajar. No tenía abrigo. Llevaba puestos tres jerséis y mi madre había comenzado ya una serie de novenas para pedir el traje que necesitaría yo en junio, para la ceremonia de fin de curso.

Señor, murmuré, porque en aquella época era un creyente que hablaba con sinceridad a su Dios: Señor, ¿qué tal va la cosa? ¿Es esto lo que quieres? ¿Para esto me has puesto en la tierra? Yo no te *pedí* nacer. No tuve absolutamente nada que ver con eso y sin embargo heme aquí, formulando preguntas justas, inquiriendo por los motivos, así que respóndeme, dame una señal: ¿es ésta la recompensa que obtengo por tratar de ser un buen cristiano, por doce años de clases de doctrina católica y cuatro de latín? ¿Es que he dudado alguna vez de la Transubstanciación, de la Santísima Trinidad o de la Resurrección? ¿A cuántas misas he faltado los domingos y fiestas de guardar? Podrían contarse con los dedos, Señor.

¿Estás jugando conmigo? ¿Se te han ido las cosas de la mano? ¿Has perdido el control? ¿Ha tomado Satanás el poder? Sé sincero conmigo, porque vivo atribulado todo el tiempo. Dame una pista. ¿Vale la pena vivir la vida? ¿Acabará todo bien?

Vivíamos en Arapahoe Street, al pie de las primeras estribaciones de la vertiente oriental de las Rocosas. Las montañas se elevaban como rascacielos de perfil dentado que vigilaran nuestro pueblo, envueltas en una bruma verdiazul en verano y blancas como el azúcar en invierno, con torres puntiagudas que se hundían en las nubes. Todos los inviernos se perdía alguien allí arriba, atrapado en un desfiladero o sepultado bajo un alud. Con el deshielo de la primavera, Roper Creek se convertía en un río desbocado que arrastraba vallas y puentes, anegaba calles, llenaba de barro Pearl Street e inundaba el sótano del juzgado. Una región fría, una región con mala uva, la superficie de la tierra era un témpano durante todo el mes de abril, el Domingo de Pascua nevaba y a veces había una súbita ventisca en mayo: mala tierra para un jugador de béisbol, sobre todo para un lanzador que no había lanzado una

pelota desde octubre.

Pero El Brazo me mantenía en pie, el dulce brazo izquierdo, el más cercano al corazón. La nieve no lo entumecía, el viento no lo traspasaba, porque lo tenía constantemente empapado de linimento Sloan, siempre llevaba un frasquito en el bolsillo, todo yo apestaba a linimento y a veces me echaban de clase para que fuera a quitarme aquel hedor a pino, pero yo salía del aula con orgullo, sin avergonzarme, consciente de mi destino, incólume frente a las burlas de los chicos y a la nariz arrugada de las chicas.

En aquella época daba yo buenas zancadas, tenía paso de pistolero, la desenvoltura del típico zurdo, con el hombro izquierdo algo caído y El Brazo colgando a su aire, como una culebra; mi brazo, mi bendito brazo, el brazo santo que procedía de Dios, y aunque el Señor me había creado de un pobre albañil, me había cubierto de oro al colgarme de la clavícula aquel prodigio.

¡Que nevara pues! Y que los inviernos fueran largos y fríos, y la primavera una época con la que soñar, porque no era el final de Dominic Molise después de todo, sino el principio, y cuando llegase el cálido verano, él ya estaría realizando la obra de Dios con su ingenioso brazo izquierdo. Cubierta de nieve, Arapahoe Street era un lugar de honor, un punto de referencia por el que pasaba antaño en las noches de desesperación, la calle donde había nacido y que como tal figuraría en el Templo de los Famosos. Una placa, si lo preferís, una placa de bronce empotrada en el hormigón de un monumento situado en el cruce de la Novena y Arapahoe: EN ESTAS CALLES VIVIÓ DE JOVEN DOMINIC MOLISE, EL ZURDO MÁS GRANDE DEL MUNDO.

Dios había respondido a mis preguntas, despejado mis dudas, restaurado mi fe, y el mundo volvía a estar bien hecho. El viento amainaba y la nieve caía ya cual silencioso confeti. La abuela Bettina solía decir que los copos de nieve eran almas del cielo que hacían una rápida visita a la Tierra. Yo sabía que no era verdad, pero siempre era posible y cuando estaba de humor para ello me lo creía.

Alargué la mano y se llenó de copos, copos vivos y estrellados durante unos segundos. ¿Quién sabía lo que eran? Quizá el alma del abuelo Giovanni, que llevaba ya siete años muerto, y la de Joe Hardt, nuestro tercera base, fallecido en accidente de moto el verano anterior, y la de toda la parentela paterna de las lejanas montañas de los Abruzos, tíos abuelos y tías abuelas a los que no había visto en mi vida, todos desaparecidos ya de este mundo. Y los demás, los miles de millones que vivían un instante y se iban, los pobres soldados caídos en combate, los marineros perdidos en el mar, las víctimas de las epidemias y los terremotos, los ricos y los pobres, los muertos desde el origen de los tiempos, ninguno de los cuales había regresado a excepción de Jesucristo, que era el único que había vuelto en toda la historia humana. ¿Creía yo en esto?

Tenía que creer. ¿De dónde habían salido mis medias vaselinas y mis lanzamientos sinuosos, y de dónde había sacado yo aquel poderío? Si dejaba de creer

podía venirme abajo, perder el ritmo, regalar bases a los bateadores. Joder, sí, tenía dudas, pero las reprimía. Ya era bastante dura la vida de un pitcher para que encima tuviera que perder la fe en Dios. Un asomo de duda podía entorpecer el uso de El Brazo, de modo que ¿por qué enturbiar las aguas? Deja las cosas en paz. El Brazo procedía del cielo. Cree en eso. No pienses en la predestinación, no preguntes por qué hay tanta maldad si Dios es infinitamente bueno, ni por qué envía al infierno a tantas criaturas tuyas si ya lo sabe todo. Ya pensarás en eso más adelante. Juega en la liga menor, alcanza el estrellato, participa en los Mundiales, entra en el Templo de los Famosos. *Entonces* podrás sentarte a hacer preguntas, podrás preguntar qué aspecto tiene Dios y por qué nacen niños deformes, y quién ha inventado el hambre y la muerte.

Entreveía las pequeñas casas de Arapahoe Street a través de la nieve susurrante. Conocía a todos sus inquilinos, a todos y cada uno de los que vivían en la zona. La verdad es que conocía a casi todos los diez mil habitantes de Roper y algún día todos estarían muertos. Ésta era también la suerte que esperaba a todos los que vivían en la casa del final de la calle, la casa de madera con el porche delantero desvencijado, la casa del albañil Peter Molise, aunque la única obra de albañilería que había allí era la chimenea y también se estaba viniendo abajo.

Pero cuando llegara la hora de la muerte, el estado de la casa importaría poco, y todos desapareceríamos: primero la abuela Bettina, luego papá, a continuación mamá, después yo, que era el mayor, luego mi hermano August, que tenía dos años menos, luego mi hermana Clara y por último Frederick, el menor. También nuestro perro Rex dejaría de arrastrarse y moriría en algún punto de esta cadena.

¿Y por qué estaba pensando en estas cosas y convirtiendo el mundo en un cementerio? ¿Estaba perdiendo la fe, después de todo? ¿Sería porque era pobre? Imposible. Todos los grandes beisbolistas han sido de familia pobre. ¿Conoce alguien a algún principiante rico que haya llegado a ser como Ty Cobb o Babe Ruth? ¿Era entonces por alguna chica? No había chicas en mi vida, excepción hecha de Dorothy Parrish, que apenas se percataba de mi existencia, un simple mosquito en su vida.

¡Señor, ayúdame! Y apreté el paso para huir de mis pensamientos, eché a correr, con los helados zapatos chillando como ratones; pero correr no sirvió de nada, tenía los pensamientos a la izquierda, a la derecha y a mis espaldas. No obstante, mientras corría, El Brazo, el buen brazo izquierdo, se hizo cargo de la situación y dijo con voz tranquilizadora: cálmate, chico, es la soledad, estás totalmente solo en el mundo; ni tu padre ni tu madre ni tu fe pueden ayudarte, nadie ayuda a nadie, sólo tú puedes ayudarte y por eso estoy aquí, porque somos inseparables y nos ocuparemos de todo.

¡Oh, Brazo! Brazo fuerte y leal, háblame con dulzura. Háblame de mi futuro, de los aplausos de las multitudes, de la pelota colándose a la altura de las rodillas, de los bateadores entrando y saliendo descalificados, fama, fortuna y victoria, todo eso tendremos. Y un día moriremos y yaceremos juntos en la misma fosa, Dom Molise y su estupendo brazo, el mundo del deporte se estremecerá de dolor, el telegrama del

presidente de la nación a mi familia, las banderas a media asta en todos los estadios del país, los admiradores llorando sin ninguna vergüenza, la biografía en cuatro partes publicada por Damon Runyon en el *Saturday Evening Post*: EL TRIUNFO SOBRE LA ADVERSIDAD, LA VIDA DE DOMINIC MOLISE.

Me detuve a llorar al pie del olmo; la inminencia de mi muerte era demasiado amarga para soportarla; tan joven y lleno de talento, y muerto en la flor de la edad. Dios mío, ten piedad: ¡no me llesves tan pronto! Concédeme unos años, sé bondadoso con mi juventud. A los diecinueve estaré preparado para la gran ocasión. Concédeme esos años y otros diez, en total doce, ni uno más ni uno menos, no me importa si ficho con los Phillies o con los Cubs, pero concédeme esos años y mándame al banquillo a los veintinueve, es tiempo más que suficiente, oh dulce Señor, calcula treinta partidos por año, en total serían trescientos sesenta partidos, mucho béisbol, muchos lanzamientos para estampar el nombre de Dom Molise entre los inmortales.

La casa estaba a oscuras, las ventanas de la fachada me miraban con ojos ciegos. La ausencia de huellas en la nieve del sendero indicaba que mi padre estaba todavía en el Onyx, jugando al billar.

Sacudí los pies para quitarme la nieve de los zapatos y entré en la salita, donde Clara dormía en un sofá y Frederick en un catre del ejército. Era una casa llena de gente. La única persona que tenía dormitorio propio era la abuela Bettina, y apenas podía llamarse dormitorio, ya que era un cuartucho de techo inclinado junto a la cocina, con una cama que lo ocupaba todo y no dejaba espacio ni para una silla.

Encendí la luz de la cocina, apliqué una cerilla al quemador de la estufa de gas y saqué los deberes: historia, un pasaje de Virgilio para traducir y una redacción sobre el cuerpo místico de Cristo. Era una de esas noches apacibles en que sor Mary Delphine, harta de atosigarnos, nos daba un respiro.

Aun así, tardé una hora en traducir los seis versos latinos y a medianoche empecé la redacción sobre el cuerpo místico de Cristo.

«¿Qué es el cuerpo místico de Cristo?», comencé. «Buena pregunta, importante pregunta, tan importante que, aunque no supiéramos nada más, bastaría para conducirnos a las mismísimas puertas del Cielo. Y dado que es tan importante, debemos concentrar en ella toda nuestra atención. Todo dogma importante merece la reflexión más profunda. Lo olvidamos con demasiada frecuencia y muchos pecadores, en sus últimas horas, antes del Juicio Final, se muestran apenados delante de Dios Todopoderoso, tiemblan de miedo y se arrepienten de haber olvidado las verdades de la fe. Si dedicáramos al estudio de los dogmas de nuestra bendita Iglesia tanto tiempo como desperdiciamos leyendo libros reprobables y viendo películas obscenas, con objeto de reflexionar sobre el cuerpo místico de Cristo, tendríamos la salvación garantizada. El tiempo es breve y la hora se acerca. Nuestro Señor es poco exigente con sus criaturas. Nos ha concedido profesores abnegados, a las benditas

monjas de la orden de Santa Catalina, y pasamos por alto con demasiada frecuencia que se nos ha dado una oportunidad de oro para aprovechar sus enseñanzas y consejos. Hagamos caso, pues, a nuestras queridas hermanas y meditemos cuidadosamente el significado del cuerpo místico de Cristo. Muchos, ay, son los pecados del mundo, pero nadie es más pecador que quien descuida el estudio de nuestra santa religión, y cuando algún día se nos llame a rendir cuentas de los agravios cometidos en esta vida, esperemos que no nos acusen de apartar los ojos de las sagradas verdades de la Santa Iglesia de Dios».

Diana.

Por aquello me iban a dar matrícula. No explicaba lo que era el cuerpo místico de Cristo y estaba lleno de idioteces, pero contenía seductoras expresiones ante las que la hermana Mary Delphine era incapaz de resistirse: «se muestran apenados delante de Dios Todopoderoso... tiemblan de miedo... libros reprobables... películas obscenas... las benditas monjas de la Orden de Santa Catalina... las sagradas verdades de la Santa Iglesia de Dios». Delphine iba a mojar las bragas.

Estaba estudiando historia cuando oí un crujido de somier en el cuarto de Bettina. La abuela Bettina, mortal enemiga de la compañía de la luz, apareció en la puerta de la cocina con su camisón de franela. Era una vieja cascarrabias con unas manos tan huesudas que parecían garras cruzadas sobre el pequeño montículo de la barriga. Tenía el pelo blanco como el lino y tan clara y transparente la piel de las sienes que casi se podía ver lo que tenía dentro de la cabeza. Hablaba sólo en italiano y, cuando un tema le molestaba, fingía no entender el inglés.

Durante diez segundos estuvo allí inmóvil, afirmando con la cabeza y mirándome con una sonrisa de sarcasmo.

—Ahí está él —dijo sin dejar de cabecear—. El brillante joven americano, fruto de un vientre americano, orgullo de una madre idiota, esperanza de la generación venidera, ahí está él, gastando electricidad.

—Estoy estudiando, abuela.

—¿Y qué estudias, oh sabio e inteligente nieto? ¿Es un libro sobre el hambre y los hombres que recorren las calles en busca de trabajo? ¿Un libro que habla de tu padre, que hace siete meses que está sin trabajo, o un libro que habla de las generosas promesas de la dorada América, tierra de igualdad y fraternidad, la hermosa América, hedionda como la peste?

—Atravesamos una depresión económica —dije—. Además, es invierno. Papá no puede trabajar con este tiempo.

Juntó las manos a la altura del pecho.

—Qué listos son estos jóvenes —dijo balanceando las manos—. Es la generación que tiene todas las respuestas.

Respondí con un gruñido.

Olisqueó el aire. El linimento Sloan.

—Como de costumbre, apestas.

—Es un olor sano.

—Es el olor de un país enfermo. Oye lo que te digo: llegará un día en que este hedor cubrirá toda la tierra.

Ya no había quien la parase.

—¿A quién engañas con esos libros insensatos? —añadió como un abogado que quiere lucirse ante el tribunal—. Mejor sería que cayeses de rodillas y rezaras pidiendo perdón. —Pegó la boca a mi oído y enterró la nariz en mi pelo mientras me formulaba entre susurros una pregunta lasciva—: ¿Hace mucho que no te confiesas? Un chico de diecisiete años debería hacerlo por lo menos dos veces al día.

Aquello fue demasiado.

—¡Muérete, vieja!

—¡Ja! —exclamó—. ¡La joven América ha hablado con el respeto que merecen los ancianos! ¡Así me recompensan por haber traído a tu padre al mundo, para esto estoy en esta tierra bárbara después de viajar ocho mil kilómetros en tercera clase!

Los insultos cayeron sobre mí a paletadas: yo era un chacal, una rata, una serpiente, un monstruo que mi madre había parido. Era un ser deforme, me salía un codo por la nuca, tenía la nariz en el ombligo y los ojos en el culo. Mi madre era una burra, una vaca, una cerda, una gallina, una cabra. Su familia estaba compuesta por cobardes, ladrones, putas, lunáticos que acabarían sus días en un manicomio. En cuanto a mí, acabaría con una soga al cuello, me ahorcarían en público, junto a mis dos hermanos varones. América perecería entre las llamas, incendiada por las compañías de la luz, que reventarían.

Con la rapidez de una gata se acercó a la bombilla desnuda que tenía encima de la mesa, la apagó, volvió a su habitación y cerró de un portazo. Encendí la luz y la oí clamar a Dios:

—¡Liberadme de esta esclavitud! ¡Metedme en una caja y devolvedme a Torricella Peligna!

Yo conocía el sufrimiento de su alma y me compadecía de ella. Estaba sola, con las raíces colgando en una tierra extraña. No quería venir a América, pero mi abuelo no le había dado otra opción. También en los Abruzos había pobreza, pero era una pobreza más dulce que todo el mundo compartía, como el pan que se pasa en la mesa. También se compartía la muerte, y el dolor, y los buenos momentos, y la aldea de Torricella Peligna era como un único ser humano. Mi abuela era un dedo arrancado a aquel organismo y nada podía aliviar su desolación en la nueva vida que llevaba. Era como todos los que habían llegado de su rincón de Italia. Unos iban tirando, otros eran ricos, pero de su vida había desaparecido la alegría y el nuevo país era un lugar solitario donde «O sole mio» y «Vuelve a Sorrento» eran canciones tristes.

Los gritos de Bettina habían despertado a mi madre, que había salido del dormitorio ciñéndose el camisón y con la abundante cabellera castaña colgándole hasta la cintura. Tenía los ojos muy grandes, de color verde y con una eterna expresión de asombro. Había nacido en Chicago, pero era de familia italiana y en el

fondo una campesina como la abuela, también con la marca de la soledad encima, indefiniblemente extranjera, no italiana y mucho menos americana, una inadaptada frágil. Su familia procedía de Potenza, una población situada al norte de Nápoles, con fama de estar llena de gente pelirroja.

Según la abuela Bettina, después de los americanos, los potenzanos eran los seres más ridículos de la creación. No es que la abuela hubiera estado alguna vez en Potenza y lo hubiera comprobado personalmente, pero se había pasado la vida oyendo anécdotas sobre los potenzanos.

Los abruzos la habían tomado con Potenza porque necesitaban pensar que había una tierra peor que la suya, el mismo motivo por el que los calabreses despreciaban a los sicilianos, los napolitanos se burlaban de todos los que vivían al sur de Nápoles, los romanos desdeñaban a los napolitanos y los florentinos mandaban a paseo a los romanos. Para los abruzos, los potenzanos eran una especie de chiste nacional, como si fueran enanos que vivieran en casas de techo puntiagudo. Cada vez que se mencionaba el nombre de Potenza, mi padre esbozaba una sonrisita de superioridad. Se había casado con una hija de potenzanos, alabado fuera Dios, pero ante este paradójico desenlace sonreía con tolerancia y se le notaba que perdonaba a su mujer por haber tenido tales padres.

Después de escuchar tras la puerta de la abuela los últimos lamentos, mi madre chascó la lengua con comprensión, porque también los potenzanos despreciaban a los abruzos.

—Pobrecilla, no lo hace con mala intención. Ha tenido una vida de perros... con toda aquella gente.

—¿Qué gente?

—La de los Abruzos. No me extraña que sean rudos y tengan mal genio. Allí sólo hay piedras, unas cuantas cabras y ni rastro de luz eléctrica. Es como Calabria, Sicilia y todos esos lugares pobres.

Mi madre nunca había estado allí; nunca había estado en ninguna parte, salvo en un bloque de pisos de Chicago.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabe todo el mundo. Y se nota por su forma de comportarse, por sus gritos, sus palabrotas y sus peleas. Lo llevan en la sangre. Fíjate en tu padre.

Se acercó un poco, envuelta en olor a sueño, en un perfume mohoso de polvos de talco, jabón y las bolsitas que tenía en el cajón superior del tocador. A veces, cuando no podía dormir, me metía en su dormitorio y cambiaba mi almohada por la suya, y aquel olor actuaba en mí como una droga. Tenía cuarenta años, pero era mucho mayor. Costaba creer que hubiera sido joven alguna vez. Había una foto suya de cuando tenía diez años, estaba sentada en un columpio, en un patio de colegio de Chicago, y también allí parecía tener cuarenta años, una niña de cuarenta años, con trenzas y zapatos blancos.

Se acercó al fregadero, se sirvió un vaso de agua y bebió despacio porque estaba

muy fría, y oí cómo el agua se colaba en su interior.

—¿Estuviste en el centro? —preguntó.

—Fui a ver la competición. A él no lo vi.

—¿A quién? —preguntó, haciéndose la inocente.

—A papá.

—Anoche perdió diez dólares.

Si mi padre había admitido que había perdido diez dólares, entonces es que había perdido alrededor de cincuenta. En invierno sobrevivíamos gracias a sus partidas de billar. Era, con mucha diferencia, el mejor jugador de Roper, pero su habilidad tenía su lado negativo, porque ahuyentaba a los posibles rivales y tenía que dar muchos puntos de ventaja. Aunque tenía ojo para tasar el talento de los desconocidos, a veces tropezaba con un listo de Denver o de Cheyenne que lo desplumaba. Tenía que empezar otra vez desde abajo, a cuarto de dólar y a medio dólar la partida, y a veces tenía que pedir prestado para despegar con lo que fuera.

—¿Van mujeres allí? —dijo.

Siempre me lo preguntaba y yo siempre le respondía que no, pero ella sabía que no era verdad. El Onyx era un local abierto con un bar delante y mesas de billar y póquer detrás del tabique del fondo. Las mujeres no podían entrar en el cuarto del fondo, pero en el bar eran tan numerosas como los hombres.

—Es una mala zona —dijo—. A mí me daría miedo entrar allí.

—¿Qué tiene de malo? La comisaría está en la acera de enfrente.

—Es verdad —dijo con los ojos muy abiertos, como si le molestara algo más.

Yo sabía qué era. No se atrevía a decirlo: sospechaba que mi padre tenía un lío. A mí me parecía ridículo: mi anciano padre, un cabeza de familia con cuatro hijos, un albañil en paro que se esforzaba por pellizcar un dólar con un taco de billar, complicándose aún más la vida con otra mujer. La verdad pura y simple era que a mi padre no le caían muy bien las mujeres. Ni siquiera su madre, y su esposa desde luego que no.

—¿Qué es lo que le pasa? —prosiguió—. Nunca lo entenderé. Una casa agradable, cuatro hijos maravillosos, espaguetis en la mesa, vino en la bodega y se va por ahí todas las noches. Aunque yo no le importe, lo normal es que tenga alguna consideración con sus hijos. ¿Por qué hace un hombre estas cosas?

—Es muy sencillo. Detesta a los niños y a las mujeres. Además, ¿dónde estaríamos si no fuera por los pocos dólares que saca jugando al billar?

—¿Todo el tiempo? ¿Día y noche, incluidos los domingos? ¿Sin oír misa de vez en cuando? Nadie juega tanto al billar.

—Él es así y eso no puedes cambiarlo.

—Cambiará. Dios le saldrá al paso uno de estos días. Ya lo verás.

Se refería a sus oraciones, a los miles de cuentas de rosario que pasaba de rodillas, durante miles de días, encerrada en su dormitorio. Las durezas de sus rótulas lo atestiguaban.

Se puso detrás de mí y sentí sus fríos dedos en mi pelo y la presión de sus palmas en mis orejas de seta.

—No —dije, apartándome.

—Ponte la media. Y no dejes de rezar.

En opinión de los potenzanos, lo mejor para combatir las orejas de soplillo era dormir con una media de mujer en la cabeza. Funcionaba hasta que te quitabas la media. Entonces las orejas recuperaban de golpe su posición natural.

—He aprendido a vivir con mis orejas, mamá. ¿Podrías probar a hacer lo mismo, por favor?

—¿Por qué no pruebas tú con la Virgen Santísima? Pruébalo un mes. Si es capaz de hacer que los paralíticos anden, mucho más fácil le será...

—¡Cállate! —exclamé—. ¡Déjame en paz, deja mis orejas en paz!

Se me quedó mirando con los ojos como platos, dolida; sin decir palabra, dio media vuelta y se alejó hacia el dormitorio, arrastrando tras de sí su atribulado espíritu como un velo de novia hecho jirones.

Estaba arrepentido de haberle gritado y me odiaba a mí mismo, pero la idea de rezar a la madre de Dios para que me acercara al cráneo unas orejas que su propio hijo había alejado previamente, me parecía el colmo de los despropósitos. ¡Rezar! ¿Para qué servía? ¿De qué le había servido a mi madre? Mi padre en la cama con ella todas las noches, oyendo el tintineo del rosario, encontrándosela de rodillas, tiritando de frío, ¿qué cojones haces ahí?, ven a la cama, por el amor de Dios, que te vas a congelar, y cada plegaria era para él como un latigazo en el trasero, porque le hacía pensar en su propia insignificancia, una mujer que era como un niño que escribe a los Reyes Magos, que salta de la vida para caer en los brazos de Dios, de Santa Teresa, de la Virgen María. Ah, mi madre era una buena mujer, una mujer noble, nunca engañaba ni mentía ni decía una palabra indecorosa. Fregaba el suelo, tendía toneladas de ropa, planchaba a todas horas, cocinaba, cosía, barría y sonreía con ánimo en los momentos difíciles, víctima de Dios, víctima de mi padre, víctima de sus hijos, iba por la vida con los estigmas de Cristo en las manos y los pies y una corona de espinas en la cabeza. Era tan insoportable verla sufrir que me habría gustado que dijera mierda, jódete o vete a tomar por culo. Suspiraba por el día de la sublevación en que por fin estrellara una jarra de vino en la cabeza de mi padre, le cruzara la cara a Bettina y moliera a palos a sus hijos. Lejos de ello, nos castigaba con padrenuestros y avemarías y nos estrangulaba con rosarios.

Rezar. Ah, las oraciones. Ah, la invocación a la nada para pedir pequeños favores, como unos zapatos, o milagros, como crecer yo quince centímetros más para lanzar pelotas realmente veloces. Años de oraciones, ¿y cuál era el resultado? Yo ya había dejado de medirme pegado a la pared del dormitorio. ¡Cuánta inutilidad! Si San Francisco de Asís, uno de los príncipes de la Iglesia, medía sólo metro y medio, ¿qué posibilidades tenía yo de llegar al metro ochenta? Joder, era una pérdida de tiempo total, un rechinar de dientes en el desierto.

Encima de la cocina cloqueaba el viejo reloj y dejé de estudiar ya pasada la una. Hacía frío en la casa, un frío helado que llegaba del subsuelo y se colaba en la cocina. Oí algo, unos pasos, un suspiro, y miré por la ventana. El mundo exterior estaba tan blanco y silencioso como la luna. Las ondulaciones de la nieve en el huerto delataban las filas de coles enterradas en paja. Poco a poco percibí una presencia, algo que había fuera y alrededor de la casa, una energía viva e invisible, amenazadora como un ladrón, tratando de entrar, espiando por todas las ventanas, empujando puertas y paredes. Yo sabía lo que era y me daba miedo pensar en ello.

Me aparté de la ventana y saqué el frasco grande de linimento del armario de los platos. Me llené el hueco de la mano hasta el borde y me di un masaje en El Brazo con el fuerte olor a pino, froté, apreté, pellizqué para que penetrara en la carne. Me lo extendí por el pecho y el cuello y me lo pasé por la nariz hasta que recuperé la calma y el escozor me volvió audaz.

¡Vaya problema! ¿Iba a ser siempre así? Otros tenían pensamientos de muerte y cada cual se libraba de ellos a su manera. Yo no podía confiar siempre en El Brazo rociado con linimento. Garantizaba un futuro muy dudoso. ¿Y si me perdía en las montañas durante una semana, allí solo y sin linimento? Ya me veía gritar, correr como un loco por los bosques.

Oí pasos rápidos a lo lejos, y un crujir de nieve que resonaba con fuerza en el congelado silencio de la calle. Tenía que ser mi padre. Siempre andaba con determinación y como en pos de un objetivo, aunque no fuera a ninguna parte. El porche delantero se tambaleó cuando se puso a dar patadas para quitarse la nieve de los zapatos.

—Vaya guarrería —dijo con voz gruñona, cruzando la puerta y sorbiéndose la nariz. Recorrió la casa pisando fuerte: era su forma de anunciar a todos que había llegado, y me encontró junto al fregadero de la cocina, con el frasco de linimento en la mano.

—¿Cuándo vas a crecer? —dijo.

Las aletas de la nariz le palpitaban. Los pómulos le brillaban como manzanas. Colgó el sombrero y el abrigo en el gancho de detrás de la puerta. Tenía cuarenta y cinco años, manos macizas y dedos gruesos y cortos. Era un hombre pulcro, cuidaba su indumentaria, e incluso con ropa de faena parecía muy aseado gracias a las corbatas blancas que solía ponerse, y nunca le sobresalía un pelo del fino bigote. En el índice izquierdo llevaba una gruesa sortija de plata que según él era el secreto de su habilidad con el taco. Aunque sólo aparecía para comer y dormir, la casa se ponía firmes de un modo inconfundible, como un motor que arranca, en el instante en que él cruzaba la puerta.

Vi que sacaba una colilla de puro del bolsillo de la camisa y que le clavaba los dientes mientras vertía vino en un cazo. No sólo se fumaba los puros: se los comía, pedazo a pedazo. Acercó una cerilla al quemador y puso el cazo encima de la llama

azul. Echó en el vino unas hojas de laurel. Observó el cazo en silencio, esperando a que hirviese.

—Papá —dije—, ¿has pensado alguna vez en la muerte?

Me miró con cara de asombro.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—¿Has pensado o no?

—¿Por qué motivo?

—Sin motivo. ¿No te ha pasado alguna vez por la cabeza?

—Nunca.

—¿Nunca?

—Nunca. No pienses en eso. Piensa en la vida. Piensa en el colegio. ¿Qué tal te va en el colegio?

—Aprobaré. Y terminaré el bachillerato.

—¿Y luego qué?

—No lo sé. Le estoy dando vueltas.

—¿A qué?

—A mi profesión.

—¿Qué profesión?

—Mi futuro.

—¿Qué futuro?

—Las posibilidades son muchas.

—Béisbol —dijo—. ¡Quimeras!

—¿He mencionado yo el béisbol?

—¿Conoces a Johnny Di Massio?

Lo conocía; era un paisano de mi padre, albañil como él y otro que sacaba dinero con el billar.

—El albañil más rápido y limpio del estado. Y zurdo, igual que tú.

—La similitud no me sobrecoge —dije para humillarlo, porque su lenguaje era titubeante e inseguro.

—Algún día serás más rápido que Johnny.

Me quedé estupefacto. Levanté la mano izquierda hacia la luz.

—¿Me estás diciendo que utilice esto para empuñar una paleta? No hablas en serio.

—Claro que hablo en serio. Te enseñaré el oficio. Tres, cuatro años mezclando argamasa y acarreando capachos y subirás al andamio conmigo. Seremos socios, padre e hijo, contratistas, haremos faenas juntos. Ganaremos dinero.

Llevaba años intentando que me interesara por la albañilería. Su padre, su abuelo y todos sus antepasados habían sido albañiles y canteros, y él creía que el oficio estaba inscrito en el linaje y que se manifestaba en cada generación. Cuando tenía siete años me llevó a una obra y allí gané cinco centavos al día por hacer de aguador para los albañiles. Los dos últimos veranos había trabajado con él de ayudante,

manipulando la hormigonera y llenando cachos. Había sido un trabajo muy pesado y El Brazo se resintió, estuvo dolorido todo el tiempo.

Él era un albañil muy bueno, tenía tanta pericia con los ladrillos como en el billar, era rápido, limpio, y tenía ritmo; pero por mucho que trabajase siempre estaba sin blanca, y era evidente que ser pobre no era culpa suya, sino de su oficio.

Procuré hablarle con calma, razonablemente, cauteloso con su mal genio, que podía estallar como un proyectil.

—Papá —dije—, lamento decírtelo, pero me parece que no tengo el carácter indicado para poner ladrillos.

—¿Carácter? ¿Qué tiene que ver el carácter con esto? Tú te limitas a poner un ladrillo encima de otro y a cuidar que la pared esté a plomo. Cualquiera zopenco sabría hacerlo.

—Mi talento se inclina por otras áreas.

—¿Qué talento?

—Un talento especial. Podría decirse que nací con él.

Me miró con fastidio, sacó de la alacena un vaso de cristal y lo dejó en la mesa de un golpe. Se sirvió el ponche y sopló para enfriarlo mientras me miraba con sus ojos castaños.

—¿Qué talento? —repitió.

Quería decirle la verdad, pero me resistía a pronunciar la palabra béisbol. Aún trataba de darme un guantazo de vez en cuando; fallaba adrede, pero no podía confiarme.

—Medicina —dije—. Ayudar a ponerse bien a la gente enferma, niños inválidos, gente con problemas de corazón e hidropesía.

La ira se le borró de la cara y se quedó pensativo mientras sorbía el humeante ponche.

—Para eso se necesita dinero —dijo.

—Y tiempo.

—¿Cuánto?

—Ocho años de universidad.

—Pues ya puedes ir pensando en otra cosa. No puedo permitírmelo. Dios mío, tienes casi dieciocho años. Cuando yo tenía tu edad, ya labraba piedras.

—No pienso ser albañil.

Dio un suspiro y se sentó.

—Escucha, muchacho —dijo pasándose los dedos por el pelo—. Sé qué es lo que te reconcome, pero no hace falta que dejes el béisbol. Puedes jugar con el Sindicato de Estucadores. Tienen un buen equipo. Los partidos dominicales llenan el estadio.

—Estupendo. Pongo ladrillos toda la semana, me rompo los dedos y lanzo pelotas los domingos. Es la mejor oferta que me han hecho en los últimos años.

Cabeceó con paciencia sin mirarme, asió el vaso de vino con las dos manos y se lo acercó a la boca.

—Estamos en apuros —dijo con voz tranquila—. Debemos dinero a todo el mundo: el alquiler, la luz, el gas, el carnicero, el médico, el banco, el almacén. — Alzó los ojos como si saliera de una charca profunda y me rogase que comprendiera.

No le había sido fácil reconocer la bancarrota. Era un hombre orgulloso, con fe en sí mismo y en los buenos tiempos, y guardaba para sí sus problemas con toda la firmeza que podía permitirse un pobre. Nunca había pedido ayuda hasta entonces. Lo miré y vi a un hombre solitario, con una casa llena de críos y sin la menor salida. Nunca tendría más que lo que llevaba puesto, el saco de las herramientas, la hormigonera y su taco preferido. Seguiría trabajando año tras año hasta que se le acabaran las fuerzas, hasta que ya no pudiera doblarse sobre una hilada de ladrillos y la paleta se le cayese de la mano. ¿Había salido de los Abruzos y recorrido tantos kilómetros para acabar así? La abuela Bettina tenía razón. Habría tenido que quedarse en su tierra. Si se hubiera quedado, también habría cambiado mi vida. ¿A qué jugaban en Torricella Peligna? ¿Al fútbol? ¿A la petanca?

—Te ayudaré, papá.

—Buen chico —dijo, y tomó un gran trago de ponche—. En junio terminarás el bachillerato. Entonces nos pondremos a trabajar. ¡Se van a enterar! Se va a enterar el mundo entero. Padre e hijo. Pagaremos todas las deudas, ahorraremos dinero y algún día entraremos en el negocio de la madera.

—¿El negocio de la madera? —Lo miré con perplejidad.

—Ahí es donde está el dinero.

—Olvídalo, papá. Aprenderé a poner ladrillos, pero no quiero formar parte del negocio de la madera.

—No será inmediatamente. En el futuro. Ponemos ladrillos cuatro o cinco años y entonces nos metemos en la madera.

—Pero ¿por qué en la madera? ¿No es suficiente desgracia poner ladrillos?

—Eso mismo pienso yo. Un hombre debe trabajar de firme para salir de esto. Pero es un oficio, un comienzo.

Y así estaban las cosas y fin de la historia. La Trágica Vida de Dominic Molise, escrita por su padre. Primera Parte: La Profunda Emoción de Ser Albañil. Segunda Parte: Juerga en un Almacén de Maderas. Tercera Parte: Cómo Dejar que Tu Propio Padre te Arruine la Vida. Cuarta Parte: Aquí Yace Dominic Molise, Hijo Obediente.

Medité la situación y opté por no replicar, por el momento. Me limité a sobarme el brazo, a acariciarlo y aplacarlo, porque gimoteaba como un niño.

Papá apuró el vaso, se pasó un nudillo por el bigote y levantó la cara por fin. Entonces advertí que tenía una mancha roja en el labio superior, por debajo del bigote. No podía apartar los ojos de aquel punto e intuyó mi sorpresa y mi incredulidad. La oleada de sangre le hinchó las facciones. Corrió al espejo que había encima del fregadero y acercó la cara.

—Maldita navaja de afeitar —dijo.

Me miró para comprobar si le creía, pero por entonces había yo descubierto otros

puntos.

—También te has cortado en la barbilla, y en el cuello.

—No es nada.

Sólo pintalabios. Me dio vergüenza y no me atreví a mirarlo a la cara. El negocio de la madera. Socios. Padre e hijo. Me habría gustado echarle en cara toda su furtividad, su ordinariez, su traición, la muerte que llevaba dentro y todo lo demás que llevaba dentro: yo, mi hermana Clara, mis hermanos, todos nuestros días y nuestras noches, toda nuestra vida.

No cruzamos palabra mientras yo recogía los libros y los papeles. Al marcharme me rozó el hombro, pero me aparté con brusquedad, entré en el comedor y a continuación en mi cuarto. Me desnudé iluminado por la luz de nieve que entraba por la ventana y me metí en la cama, al lado de mi hermano August. Se sobresaltó y murmuró Dios mío cuando el linimento le alcanzó la nariz.

La nieve de fuera daba al dormitorio un resplandor que parecía fosforescente. Del alero colgaban carámbanos que me recordaban al caramelo que hacía mi madre, que siempre coagulaba formando crestas.

En la cocina se oía un rugiente mar de silencio agitado por mi padre. No es que me importara, no me importaba en absoluto, pero de todos modos me importaba. ¿Por qué no se había limpiado? ¿Por qué había sido tan imprudente y me había obligado a ver las marcas de labios de una mujer que no era mi madre?

¡Aquellas desagradables señoras del Onyx! ¿Dónde, si no, podía haber otra mujer capaz de besar a mi padre? Era como si las viese, mujeres de culo gordo, grandes bebedoras, obreras de la fábrica de cerámica, mujeres divorciadas, mujeres casadas que entraban a las diez de la mañana, recién abierto el local, y no se iban hasta las dos, cuando cerraban. Era una especie de club privado, una hermandad de alcohólicas.

Oí sus movimientos en la cocina, lavarse con jabón, mojarse la cara con agua, jadear y chapotear como hombre que se está ahogando. Oí sus pasos y apareció en la puerta del dormitorio.

—Ven —murmuró.

—¿Para qué?

—Quiero hablar contigo.

Me levanté en calzoncillos y lo seguí a la cocina. Había sufrimiento en su rostro, arrugas en su frente, súplicas en sus ojos.

Esperé en la puerta.

—No es lo que piensas —dijo—. Ha sido una tontería. Una chiflada que se puso a tontear. Ni siquiera sé su nombre.

—No pasa nada.

—Claro que no pasa nada. Era una chiflada y nada más.

Di media vuelta para volver al dormitorio.

—Espera un momento.

Me volví hacia él.

—Ya sabes cómo es tu madre.

—No diré nada.

—Ya tengo suficientes problemas. ¿Lo comprendes?

—Claro, papá.

—No me importa lo que pienses de mí, pero no quiero hacer daño a tu madre.

—Lo sé.

—¿Entiendes lo que te digo?

—Lo entiendo.

—Muy bien. Sé un hombre.

—Muy bien.

Volví al dormitorio y me acosté. La luz de la cocina se apagó y el suelo crujió bajo el peso de mi padre cuando éste entró en el dormitorio contiguo al nuestro. Se oyó un *bum* cuando se quitó el primer zapato, y luego otro. Oí tintinear monedas y clavos mientras se quitaba los pantalones y luego el rechinar de los muelles de la cama al tenderse junto a mi madre.

Me los imaginé acostados en la oscuridad de dos mundos, compartiendo el mismo pesebre, como el asno y la gallina. Marido y mujer, hombro con hombro, en dos hondonadas del mismo colchón hundido, pero separados por las ruinas de su fenecido matrimonio. Me moría de vergüenza ajena. ¡Bueno, qué pasa! Mi madre ya no valía gran cosa, con dolores de muelas que debían extraerse y un pelo veteado de gris que no le iba a durar mucho. No se ponía colorete ni se pintaba los labios y su trasero quedaría ridículamente pequeño en un taburete de la barra del Onyx, pero jamás habría estampado la marca de su boca en la cara de otro hombre. Sumisa a la voluntad de Dios, hacía lo que debía hacer: lavar la ropa, limpiar, cocinar, criar a la familia. En resumidas cuentas, motivo suficiente para que un hombre escape corriendo de casa, y no se podía culpar a mi padre por querer salvar la vida. ¡Pero aquellas mujeres! ¡Aquellas mujeres culonas y gordiflonas! Ellas sabían que mi padre tenía mujer e hijos, y sin embargo le embadurnaban la cara con su pintalabios, y él era tan censurable como ellas por dejar que lo hicieran.

Cambié de postura sin poder conciliar el sueño y mis dedos tropezaron con algo que había bajo la almohada de August. Lo saqué tirando con cuidado. Era un sobre grande de color marrón. Había estado buscando durante meses aquel sobre misterioso, sabiendo que lo tenía escondido, que era su propiedad más secreta.

August estaba profundamente dormido, con la boca abierta. Me incorporé y saqué el contenido del sobre. Era una variada selección de fotos satinadas de Carole Lombard, raramente luminosas bajo aquella claridad fría. Aparecía en traje de baño, con vestidos de noche, con sombreros anchos, con atuendo de pirata, a caballo, en lancha motora, de puntillas con ropa interior.

Entonces comprendí la verdadera causa de la discreción de August. Algunas fotos estaban firmadas por él mismo. «Para mi querido August, con adoración. Carole».

«Para August, con amor imperecedero. Carole». «Para Augie, con el recuerdo de las apasionadas noches de Malibú. Carole». «Querido August: haz conmigo lo que quieras. Soy tuya en cuerpo y alma. Tu Carole».

En teoría hay que reírse de estas cosas, ya que te hacen quedar como un tonto. Miré a mi hermano, vi su boca abierta, el vaho que formaba su aliento al salir al aire helado. Aquellos autógrafos no me parecían divertidos. August había escrito en ellos cosas tristes, cosas íntimas, demasiado sagradas para que las viera nadie. Tenía quince años y yo estaba acostumbrado a tratarlo como si sólo tuviera cinco o seis. Y sin embargo allí estaba, con sólo dos años menos que yo, soñando con Carole Lombard con la misma intensidad con que yo soñaba con el béisbol. Desbordante de ternura, me incliné sobre él y besé su fría frente. Guardé las fotos en el sobre y volví a meterlo bajo la almohada.

Me quedé acostado en la noche blanca, observando las columnas neblinosas de mi respiración. Soñadores. Éramos una casa de soñadores. La abuela soñaba con su hogar de los remotos Abruzos. Mi padre soñaba con liberarse de las deudas y con levantar tabiques junto a su hijo. Mi madre soñaba con que el cielo la premiara con un marido cariñoso que no saliera huyendo. Mi hermana Clara soñaba con ser monja y mi hermano Frederick ardía de impaciencia por hacerse mayor y ser vaquero. Si cerraba los ojos, oía el zumbido de los sueños de la casa, y entonces me dormí.

Sentí que me sacaban bruscamente de las profundidades del sopor y percibí una presencia cercana. No era un sueño. En el dormitorio había alguien además de nosotros. Abrí los ojos.

Hacía un frío que pelaba y mi boca lanzaba chorros de monóxido de carbono al aire congelado. Había una mujer junto a la cama. Estaba tan cerca que habría bastado alargar la mano para tocarla. Llevaba una bata de flotante terciopelo azul y un cordón dorado que combinaba con su pelo trigueño ceñía su esbelta cintura. Calzaba zapatillas azules con cintas doradas. Me miró y sonrió. Durante unos segundos pensé que era Carole Lombard. En la mano tenía una esfera luminosa, el planeta Tierra, los continentes de color dorado, los mares y los ríos de un azul brillante.

De pronto supe quién era y a causa de la impresión me quedé temblando bajo las mantas. Era la Virgen María. Tenía que ser ella. Mis palpitaciones sacudían la cama y me daba miedo mirarla otra vez.

Zarandeeé a mi hermano.

—Augie.

—Qué.

Se apartó de mi lado. Me acerqué y volví a zarandearlo.

—Hay alguien aquí —susurré.

Se incorporó de un salto, súbitamente despierto y asustado.

—¿Dónde? —dijo—. No veo a nadie.

También yo me incorporé y miré hacia donde la había visto antes. Se había ido. Señalé con el dedo.

—Estaba ahí mismo. La vi como si fuera de día.

—¿A quién?

—A la Santísima Virgen.

—¡Joder! —dijo, dejándose caer con fastidio y tapándose la cabeza con las mantas.

Mi madre nos despertó por la mañana y mientras me vestía sentado en el borde de la cama empezó a vencerme la preocupación. Augie seguía acostado, mirando al techo.

—Tuviste una pesadilla.

—No fue una pesadilla. La vi.

—Tú estás loco.

—¡La vi, maldita sea!

Apartó las mantas con los pies y se puso los pantalones.

—Bueno, es posible que la vieras. —Se agachó para ponerse los calcetines—. Sólo se aparece a los tarados.

—Te digo que la vi.

—Hazme un favor.

—No, si puedo evitarlo.

—No se lo cuentes a mamá. Ya sabes cómo es. Te creerá y convertirá este dormitorio en un santuario. Encenderá velas y lo rociará todo con agua bendita. No quiero dormir en una cueva como la de Lourdes.

—La vi, Augie. Te lo juro.

—Me alegro por ti, Dom —dijo con una sonrisa—. Me alegro por toda la familia. No todo el mundo tiene un hermano santo. Será por eso por lo que estamos forrados.

Nos lavamos y fuimos a la cocina a desayunar, copos de avena y café. Clara y Frederick ya estaban allí, terminando su desayuno. La abuela estaba de pie junto a la mesa, como un siniestro polizonte, con el azucarero de peltre, cuyas asas apretaba con fuerza. Se había autoproclamado guardiana del azúcar; era enemiga de aquel condimento, pero nosotros lo echábamos en todo lo que comíamos. Todas las mañanas sacaba el azucarero del dormitorio, aferrando las asas con sus manos cubiertas de venas azules, y cada vez que metíamos la cuchara trataba de impedirlo.

Clara y Frederick se fueron a la escuela, Augie y yo comíamos en silencio y mamá tomaba un café solo. Augie me dio un codazo.

—Mamá —dijo—. ¿Has visto últimamente a la Santísima Virgen?

—Oh, sí —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo estaba?

—Bien, muy bien. Es muy guapa.

—¿Estaba en el cielo?

—No, no. Estaba en el gallinero.

—¿En el gallinero? ¿Y qué hacía allí?

Adelantó la cabeza, con los ojos dilatados de entusiasmo.

—Estaba arrodillada ante la cruz, besándole los pies a nuestro Señor.

Augie se volvió hacia mí y asintió con complicidad.

—¿Dijo algo?

—Dijo: «Éste es mi hijo bienamado, que murió por los pecados del mundo».

Augie me sonrió.

—Chúpate ésa, marquesa.

—Cállate —dije.

—A mí me gustaría que me visitara alguna vez —dijo—. Hay gente con suerte.

—Reza y verás —dijo mi madre—. Rezando se consigue todo.

—¿Lo has oído, idiota? ¡Reza!

Cogí una cucharada de avena y se la eché en la cara. Se quedó inmóvil, con la pasta colgándole de la nariz y los párpados, sin dejar de sonreír.

—¡Dominic! —exclamó mi madre—. ¿Por qué?

—Hermano contra hermano —barbotó la abuela, con las manos sobre el estómago—. ¡Dios asista a América!

Cogí mis libros y me fui al colegio.

Era una telaraña tejida con el recuerdo, demasiado terca para irse, y no pude quitármela de encima en toda la mañana. ¿Había visto realmente a la Virgen María o la había confundido con mi propia madre? Mi madre no podía haber sido. ¿Había entrado en la casa una desconocida que pasaba por la calle? Puede que fuera una ilusión óptica, una distorsión de las luces y las sombras. ¿Había oído hablar alguien alguna vez de una mujer vestida con terciopelo azul y zapatillas de oro que hubiera entrado en el dormitorio de nadie? ¿Y por qué intuí su presencia antes de verla?

El episodio empezaba a remover mis mejores sentimientos. Me salté la clase de geometría y me fui a pasear. El padre Murray iba arriba y abajo delante de la rectoría, enfundado en un abrigo negro, leyendo el breviario. Eché a andar hacia él para contarle lo de la aparición, pero entonces me di cuenta de que no iba a servir de nada, porque él conocía todas las respuestas de todos los problemas del cielo y de la tierra, y las daba como si repartiera chicles.

Me desvié hacia la puerta lateral de la iglesia y al entrar percibí el olor del incienso de los bautizos y las misas de difuntos, de las misas mayores y las bendiciones, mi propio olor, el de mi vida pasada, el de mi vida antes de nacer y después de morir. Mis padres se habían casado en aquella iglesia y en ella habían bautizado a sus cuatro hijos. El funeral del abuelo Giovanni se había celebrado allí y allí se celebraría el de la abuela y el de los demás. En cierto modo era como estar en la iglesia de Torricella Peligna. Yo no había estado nunca allí, pero sabía que su iglesia tenía que ser muy parecida a la nuestra, el mismo olor a velas de cera y a incienso y unas cuantas ancianas rezando arrodilladas, como las dos o tres que veía en aquellos momentos delante del altar de la Virgen.

Sumergí los dedos en el agua bendita, me santigué y anduve de puntillas por el suelo de pizarra hasta llegar a la imagen de la Virgen. Su blanca cara de escayola estaba vuelta hacia mí cuando me arrodillé. Estaba descalza, aplastaba una serpiente con los pies y tenía al niño Jesús en brazos. No era una imagen atractiva, tenía la cara mofletuda, la mandíbula demasiado cuadrada y una expresión más insolente que benévola. El niño fruncía la frente como un adulto y no abultaba más que las manos de su madre.

Me esforcé por rezar.

—¿Eras tú? —pregunté—. ¿Qué significado tiene? —Alcé la cara para mirarla, y cuanto más la miraba, más fea se volvía la escultura, hasta que comprendí que yo no había visto a la Virgen, sino a una mujer terrenal, quizá Carole Lombard después de todo, o la Garbo, o Jean Harlow, o Miriam Hopkins. El cráneo me crujía de tanta confusión. Aquello era absurdo y aburrido.

Me alegró oír la campana del mediodía y cuando salí al patio del colegio, el sol era una fiera llameante que acosaba al rebaño de nubes que coronaba las montañas.

Los chicos se habían agrupado en los tramos de los campos de juego donde el sol formaba charcos calientes. Las chicas, con el uniforme de blusa blanca y falda plisada, estaban todas juntas en las escaleras del colegio, parlotando sobre las monjas, y sus voces eran como el griterío de los pájaros. Estaba empezando el deshielo, los árboles pelados goteaban, del tejado de pizarra se soltaban fragmentos de nieve que resbalaban con pereza hasta los canalones y caían pesadamente a tierra.

Me senté en la barandilla de las bicicletas y sentí el beso cálido del sol. ¡Qué día! Casi veía los batazos que elevaban las pelotas al azul del cielo. Los chicos iban y venían, me presentaban sus respetos, me preguntaban por el querido brazo y comentaban que ya faltaba poco. Cuando decían «Hola, Dom», presentaban sus respetos al mayor pitcher de Santa Catalina y no al chico de las pecas y orejas de conejo.

Se acercaron dos novatos de primer curso y uno dijo:

—Oye, ¿no eres tú Dominic Molise?

—El mismo.

Fue como si me entrevistara un par de periodistas deportivos.

—Te vi jugar contra los de secundaria de Boulder —dijo—. ¡Chico, estuviste de miedo!

Sonreí con modestia.

—Ganamos por dos carreras, si la memoria no me falla.

—Descalificaste a diecinueve.

—Fue uno de mis mejores días.

—Oye, Dom. ¿Tú mojas la pelota?

Esboqué una sonrisa misteriosa.

—La verdad es que sí. Pero no lo comentéis.

—¿Crees que esta temporada tendremos un buen equipo?

—El lanzamiento está en buenas manos.

Sonrieron.

—¿Cuánto mides, Dom?

—Alrededor de uno setenta.

—Joder, yo mido más.

Me limité a reír.

—¿Qué tal eres con un bate en la mano, capullo? ¿Y yo tirándote las pelotas?

Lo dejé helado.

—No te enfades, Dom.

—No pasa nada, chico.

Se alejaron.

Incluso El Brazo empezaba a removerse, como una planta que se saca al sol. Lo sentía vibrar, salir del letargo, y le propiné un pellizco amistoso. Tranquilo, pequeño; estamos a mediados de febrero, no dejes que un rayo de sol te atolondre; cálmate, vuelve a dormir. Cuando acaben las clases lanzaremos un poco, lo suficiente para que

la sangre circule.

A las tres de la tarde se puso a nevar otra vez, unos copos grandes como hostias eucarísticas, y el cielo oscuro como si anoheciera. A cuatro manzanas estaba el Elks Club, que tenía un gimnasio en el sótano, y Ken Parrish y yo íbamos allí dos o tres veces por semana. El padre de Ken era el mandamás supremo del Elks y nos dejaba utilizar el local. El gimnasio era demasiado pequeño para practicar lanzamientos, pero nos situábamos a ambos extremos de una pista de la bolera, nos lanzábamos la pelota y así nos manteníamos en forma.

Ken no estaba cuando llegué. Me puse la indumentaria y el calzado de deporte y me dispuse a esperarlo acostado en un banco de los vestuarios. Las ventanas del sótano se encontraban al nivel de la acera de la calle y por ellas veía caer la nieve y pasar las piernas de los viandantes sorprendidos por la tormenta.

Aquellas tardes con Ken Parrish eran lo mejor del invierno y fue una gran época para mí. Ken estudiaba en el instituto de Roper, estaba en el último curso y era mi mejor amigo. El béisbol era nuestra única razón para desear que llegara el día siguiente. Había vuelto a Roper después de haber sido expulsado de dos institutos privados del este, no por sacar malas notas, sino por saltarse las clases y hacer escapadas a Boston para ver los partidos que jugaban en Fenway Park.

Su ídolo era Lou Gehrig, de los Yankees. Ken guardaba tres bates rotos por Gehrig y una tirita con sangre seca de Gehrig y vello del pulgar de Gehrig pegado al adhesivo. He aquí lo que ocurrió: una tarde que estaba sentado detrás de la caseta de los Yankees, Kenny vio que Lou Gehrig se arrancaba la tirita del pulgar y la arrojaba cerca de la línea de la primera base. Ken bajó corriendo por el pasillo, saltó la valla, entró en el terreno de juego y recogió la tirita en el momento en que lo agarraban dos empleados. Lo echaron del estadio, pero Ken tenía ya su recuerdo y no le importó.

Al acabar el partido estuvo merodeando por los vestuarios hasta que vio salir a Gehrig. Ken pidió al héroe que le firmara un autógrafo en la tirita y Lou se lo firmó con su propia estilográfica. Aquella tira de tejido con sangre colgaba ahora en la pared del dormitorio de Ken, enmarcada y protegida por un vidrio. Estaba convencido de que valdría muchísimo dinero en el futuro, pero yo tenía mis dudas. Los beisbolistas viejos se olvidan pronto.

Los Parrish eran la familia más rica de Roper. Eran propietarios de la ferretería y de la tienda de muebles, y vivían en una casa Tudor de tres plantas, en College Hill. En la finca había una cancha de tenis y la única piscina particular del pueblo. Tenían tres coches, un cocinero, un ama de llaves y un jardinero que sólo trabajaba para ellos. Su iluminado árbol de Navidad se llevaba el primer premio todos los años.

La maciza casa de ladrillo era como un castillo edificado con un solo fin, una fortaleza levantada para proteger a la única hija de la familia. Kenny me invitaba a menudo y por eso sabía que el dormitorio de Dorothy estaba en el rincón suroccidental del primer piso. Muchas noches, hiciera buen tiempo o no, me desviaba de mi ruta para pasar por delante y echar un vistazo a su ventana. A veces la veía allí,

pero muy de tarde en tarde. Sólo con ver que había luz en la ventana y calor tras los visillos se me aceleraba el pulso. La amaba. Era demencial, imposible y estúpido, pero suspiraba por ser la alfombra que ella pisaba, la cama en que ella dormía, el jabón que le limpiaba la piel, el váter en que se sentaba.

Estudiaba en la Universidad de Colorado, allá en Boulder, y era de una sociedad Kappa, y yo sentía aquella pasión devoradora desde la primera vez que la vi, hacía tres años, durante un verano en que Dorothy había estado trabajando en la ferretería de su padre. Aún se me pone la carne de gallina cuando lo recuerdo.

Yo había entrado en el establecimiento aquella mañana, por encargo de mi padre, y la vi detrás del mostrador, con una bata gris.

—¿Te puedo ayudar? —dijo.

Le expliqué que quería un lápiz de albañil del número dos.

—¿Estás seguro de que eso existe? —dijo sonriendo—. Es la primera vez que lo oigo.

—Desde luego que existe. Es un lápiz ancho y aplastado.

Tenía los ojos grandes, cálidos y grises, y el pelo cortado a lo paje; era la rubia más atractiva que había visto en mi vida. Sabía quién era, porque ya era célebre como reina de primer año en la universidad y en el club de tenis, y su foto aparecía con frecuencia en el periódico local y en el Denver Post.

Preguntó a su padre dónde estaban los lápices y el padre señaló un estante próximo a la parte delantera de la ferretería. Fui tras ella por un pasillo flanqueado por estanterías de tres metros de altura. Andaba como una gata, con movimientos elegantes y fluidos, calzada con playeras blancas. La bata era dos dedos más corta que la falda azul que llevaba debajo y el trasero se le ondulaba con la prieta firmeza que da el deporte.

Los lápices estaban en el estante más alto, cerca del techo, y acercó la escalera de raíles. Sin titubear siquiera, fue a subir los peldaños.

—Espera —dije—. Permíteme.

—No seas tonto —dijo sonriendo.

La escalera estaba encajada en un raíl por arriba y en otro por abajo y era totalmente segura, a pesar de lo cual la sujeté con las dos manos, movido por ese instinto que nos impulsa a sujetar una escalera cuando otra persona sube por ella. Hice algo más, también por instinto, sin pensar. Miré. Lo que vi no lo había visto nunca de aquel modo. Su culo, dos panes redondos y rubios, con una pasmosa raja entre ambos y una película de pelitos que parecían limaduras de cobre.

Me había pasado la vida meditando y reflexionando sobre la deprimente fealdad de aquella zona, que ya había visto previamente bajo las faldas de mi madre y de mis tías, alarmante como un nido de ratones, vulgar como el polvo que recogen las aspiradoras, obsceno pero obligatorio, cruda confrontación por la que todo hombre debe pasar algún día. No me extrañaba que las mujeres lo llevaran tapado. No me extrañaba que fuese pecado mirarlo, pecado desearlo y más pecado aún penetrarlo

fuera del matrimonio.

Sin embargo allí estaba, en la escalera, a metro y medio de mí, una nubecilla de color panocha que flotaba en la tienda de campaña de su falda, bañada en la claridad eléctrica del sol que entraba por la ventana. Yo estaba hipnotizado. Entonces oí su voz.

—En mi vida había visto una expresión más alelada.

Me estaba mirando desde las alturas con una sonrisa fulminante. Sentí vergüenza y una punzada de pánico. Me entraron ganas de salir corriendo. Bajó y me aparté sin mirarla.

—Toma.

Me volví y vi el lápiz que me tendía; me miraba fijamente, no con enfado, sino con actitud desafiante.

—Diez centavos —añadió.

Le di la moneda y recogí el lápiz. Temblando e incapaz de gobernar ya mis movimientos, me volví y me di de bruces contra una fila de brochas que había en un expositor metálico. Cayeron algunas brochas. Volví a sentir deseos de echar a correr. La chica no dejaba de mirarme.

Farfullé una disculpa y me agaché para recoger las brochas.

—Ya las recojo yo —dijo—. Anda, vete.

Salí dando traspiés. Había llegado el momento de morir, el fin de mis días. Anduve por la calle Doce en busca de un lugar en el que esconderme y del que no salir nunca más. Llegué a un callejón situado en mitad de la manzana. No le alcanzaba el sol y estaba bañado en sombras. Vi un amistoso cubo de basura, lo así con ambas manos y me quedé mirando el caos de trapos sucios, latas de gasolina vacías y piezas metálicas, deseoso de zambullirme en él y esconderme.

Durante semanas pensé en aquella mañana, temeroso de pasar por delante de la ferretería, y la imagen me venía a la cabeza en los momentos más inesperados, me estallaba en la memoria como una bomba y me apretaba las sienes para contenerla, evitaba los espejos muerto de vergüenza, y estallaba por la noche mientras estaba en la cama, y me retorció como si hubiera recibido un balazo. Al final le eché la culpa a ella. No tenía que haber subido la escalera. Debería haberme dejado subir a mí. Lo había hecho adrede.

No volví a verla hasta que me hice amigo de su hermano Kenny y éste me invitó a su casa. Me hizo pasar al salón de los Parrish y allí estaba ella, ya con veintiún años, hermosa como un glaciar, con el pelo rubio hasta los hombros. Estaba sentada en un sillón de cuero, leyendo con unas gafas grandes de montura negra. Habían transcurrido tres años desde la patochada de la ferretería y contuve el aliento cuando crucé la sala y Kenny me presentó.

—Hola —dijo mirándome por encima de las gafas y volvió al libro que tenía en el regazo.

Respiré aliviado. No me había reconocido.

—Ahora vuelvo —dijo Kenny, y subió corriendo por la escalera.

Tomé asiento en un sofá y la mutua compañía aumentó nuestra soledad, porque fue como si yo no estuviese allí. Ella estaba junto a la ventana, por entre cuyas oscilantes cortinas se filtraba el sol vespertino. Había encogido las piernas y las sedosas rodillas le brillaban como esferas de oro. No me miró ni siquiera cuando encendió un cigarrillo, y el detalle me llenó de alegría.

La sala era muy grande, con vigas en el techo y una chimenea en la que cabía un adulto de pie. Los sillones y sofás eran de cuero blando de color verde. En las paredes había cientos de libros. En un fonógrafo apenas audible sonaba el *Bolero* de Ravel.

—¿Te molesta si fumo?

Cogió el paquete de tabaco y me lo lanzó. Hice una perfecta parada con una sola mano y dije:

—Gracias, ya tengo yo.

Más silencio. Encendí el cigarrillo, me retrepé en el cómodo sillón y expulsé el humo hacia las vigas.

—Tenéis muchos libros —dije.

Ni una palabra. Pasó una página con la mano. Me puse en pie y me acerqué a las estanterías. Casi todos eran recientes, los típicos libros que solían verse en el escaparate de la Papelería Martin: Hemingway, Caldwell, Bromfield, Waugh. Mis lecturas estaban estrictamente orientadas por los cánones de Santa Catalina: *Quo vadis*, *La vida de Santa Teresa*, *Ivanhoe*, *El cazador de ciervos*, *Dos años al pie del mástil*.

La madre de Ken era otra cosa, regordeta y elegante, muy dada a la vida social, siempre en los periódicos. Yo le caía mal, pero se esforzaba por fingir que no. Cada vez que se cruzaba conmigo en la casa, sus ojos expresaban estupefacción y tenía problemas para acordarse de mi nombre.

—Hola, Tony —decía.

—Dominic. Dominic Molise.

—¿Y qué es lo que Ken dice que haces tan bien?

—Lanzar pelotas de béisbol.

—Ya. Bueno, cada cual con lo suyo, supongo. —Y entonces se volvía a Kenny y le decía—: Ojo con lo que hacéis tú y Tony, nada de diabluras. —Y se iba a buscar el coche, para acudir a no sé qué reunión importante.

Al señor Parrish lo veía muy poco. En sus tiempos de universitario había sido un gran deportista, pero tenía ya el pelo gris, había engordado, llevaba el mismo traje de mezclilla, fumaba sin parar, le preocupaba la economía, siempre estaba escuchando las noticias de la radio, odiaba a Roosevelt y los periódicos de Denver se acumulaban hechos trizas alrededor de su sillón.

A Kenny le gustaba venir a mi casa. Era vieja y sencilla, pero allí se sentía a gusto, se sentaba junto a la ventana de la cocina y se tomaba un plato de espaguetis o un tazón de caldo con pan casero. A mi madre le gustaba que le hiciera preguntas

sobre su forma de cocinar. Y estaba encantado con la abuela Bettina, que se acercaba a él con suspicacia, observando con el entrecejo arrugado sus bonitos zapatos, sus pantalones a medida y sus jerséis de cachemir. Se sentaba a la mesa con los brazos cruzados y lo veía comer, murmurando en italiano insultos que a Kenny le hacían gracia, aunque no entendía el idioma.

—¿Qué es? —preguntaba—. ¿Qué dice ahora?

Y yo se lo traducía.

—Dice que eres hijo de una puta a la que han pegado polvos desde aquí hasta Palermo.

—¡Maravilloso! —exclamaba—. ¡Bellísimo! —Y se levantaba de la silla, la rodeaba con sus brazos y trataba de besarla mientras ella le daba manotazos y corría hacia su dormitorio.

Me quedé medio dormido esperando a Kenny en el banco de los vestuarios. El lugar estaba caldeado, olía a vapor, a sudor y a antiséptico. Sentía a mi alrededor el tumulto de mi futuro, la promesa de los días que me aguardaban, los años emocionantes que tenía ante mí. A los grandes hombres les ha ocurrido siempre así, una agitación interior, una energía misteriosa que los separa del resto de la humanidad. Ellos se daban cuenta. Eran diferentes. Edison era sordo. Steinmetz era jorobado. Babe Ruth era huérfano, Ty Cobb un niño pobre de Georgia. Giannini empezó sin nada. La gente creía que Henry Ford estaba loco. Carnegie era un mequetrefe como yo. Tony Canzoneri salió de los barrios bajos. Jóvenes pobres, tocados por la magia, que por suerte estaban en América. ¡Gracias a Dios, mi padre había tenido la sensatez de irse de Torricella Peligna! Era una mala época, qué duda cabe, el peor momento de la depresión, pero ¡qué glorioso futuro aguardaba a los tocados por la fama!

Kenny llegó a eso de las cuatro. Llevaba un gorro de piel y un abrigo de borrego hasta la rodilla. Recién comprado.

—Qué bonito —dije mientras se lo quitaba.

—¿Lo quieres? —Me lo arrojó—. Quédatelo. Es tuyo.

Le dije que no, gracias, porque no lo decía en serio, porque era un truco suyo para quitar importancia al hecho de tener muchas cosas intrascendentes.

Estaba de mal humor y se descalzó sacudiendo los pies y lanzando los zapatos contra las taquillas.

—Putas nieve —dijo.

Se quitó los pantalones. Tenía los rasgos de su hermana, los mismos ojos grises y la misma estructura ósea. Nunca dejaban de sorprenderme sus piernas de Dorothy, su estrecha cintura de Dorothy. Sus calzoncillos eran delicados y frívolos, la típica prenda interior que se espera ver en una chica, y me dije que aquello sentenciaba de antemano su futuro como primera base. Ningún beisbolista que se respetara se

atrevería a presentarse en unos vestuarios con unos calzoncillos así.

Se puso la ropa y el calzado deportivos, recogimos los guantes, fuimos a la bolera y empezamos a pasarnos la pelota, para calentar, sin hablarnos. Por los ventanucos veíamos caer la nieve densa. Era deprimente. Le lancé una pelota baja y furiosa, por debajo del guante, que rebotó en la pared.

Fastidiado, ni siquiera se volvió para recogerla.

—Que le den por culo —dijo—. Vamos a dejarlo.

—Si acabamos de empezar.

Lanzó su guante al otro lado de la pista, hacia los vestuarios.

—Es de locos. Dos seres humanos inteligentes tirándose una pelota de béisbol en el sótano del Elks, en un pueblo de mala muerte de Colorado, en pleno invierno. Es horrible.

—Mejor es eso que andar por ahí sin hacer nada.

—Pues apañados estamos, hombre. Yo estoy listo para volar por los aires esta aldea dejada de la mano de Dios. Aquí estamos perdiendo el tiempo.

Nos desvestimos y nos duchamos. Bajo el chorro de agua caliente me quedé mirando la nieve que caía en la calle. Roper no era más que un apeadero en el camino del Templo de los Famosos. Un hombre podía soportar cualquier crisis temporal si tenía fe en el futuro.

Nos secamos con las esponjosas toallas del Elks Club. La calle estaba ya a oscuras. Se oían las cadenas en las ruedas de los automóviles, las apagadas campanadas del reloj del juzgado al dar las cinco.

Me tendí de espaldas en la mesa de masajes y levanté El Brazo.

—Te necesita, Ken. Se muere por tu toque mágico.

—Allá voy, encanto —dijo, dándome palmadas en el bíceps.

Se echó alcohol en la palma, lo extendió por El Brazo y se puso a masajearlo, empezando por la punta de los dedos, subiendo despacio, haciendo penetrar el alcohol en los poros, frotando y dando palmaditas en los músculos hasta que desapareció la tensión y El Brazo quedó blando y flexible, inerte en sus manos.

—Es realmente bello —dijo—. Igual que la gamuza.

Cerré el puño y el brazo se volvió de hierro, desde la mano hasta la clavícula. Nunca se había sentido mejor. Sólo estábamos en febrero y El Brazo se encontraba tan preparado como si hubiéramos estado a mediados de agosto.

Lo levantó tirando de la punta de los dedos; se notaba yerto y pesado, como un pescado grande.

—Asombroso —dijo—. Un arma mortal.

Me incorporé satisfecho.

—Gracias por cuidar tan bien de él.

—Ha sido un placer, Dom. Te envidio.

—No tienes por qué. No ha sucedido nada... todavía.

—Yo sólo soy un beisbolista de medio pelo que juega en un instituto. No tengo

ningún futuro.

—Lo mismo te digo. Mi viejo me leyó la cartilla anoche. Quiere hacer de mí un albañil.

—Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Ya está planeado. Terminó el instituto y me pongo a aprender el oficio.

—¡No puede ser tan idiota! Hablaré con él.

—Está decidido. El pobre tarugo no se entera de nada.

Me asió por el hombro.

—Dom, marchémonos de aquí antes de que sea tarde.

—¿Adónde iríamos?

—A Catalina, donde están los Cubs.

—Creía que eras de los Yankees.

—Están en Florida. Demasiado lejos, demasiado tarde. Catalina está sólo a dos mil quinientos kilómetros.

—¿Qué haremos cuando lleguemos?

—Pues hacer una prueba, so tarado, para entrar en el equipo.

Empecé a emocionarme.

—¿Lo dices en serio?

—Pongo a Dios por testigo.

Bajé de la mesa de un salto y me froté las manos. Me puse a pasear. Di un puntapié a una toalla.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Yo con los Cubs!

Ken se puso a dar pasos de baile; con los saltos le rebotaban los cojones. Se acercó a su taquilla y sacó un paquete de tabaco. Encendimos un cigarrillo cada uno. Tras un par de caladas nos calmamos y nos quedamos pensativos.

—Me gustaría preguntarte algo —dijo.

—Dispara.

—Estrictamente confidencial. Quiero la verdad.

—De acuerdo.

—No me mientas, Dom. Por Dios, no me engañes. Es demasiado importante.

Me llevé la mano al corazón.

—Te doy mi palabra de honor.

Titubeó, apagó el cigarrillo.

—¿Soy bastante bueno para presentarme a una prueba con los Cubs de Chicago?

¡Uf! Vaya pregunta. Sus ojos famélicos no pedían más que una respuesta. Cualquiera otra habría sido una puñalada en el corazón. Y el fin de nuestra amistad. Tenía que ganar tiempo, para quedar bien. Fui a la taquilla y me puse los calzoncillos, luego me acerqué al espejo y me peiné.

—Me estás haciendo polvo, Dom.

—Tienes que concederme un poco de tiempo para que medite. No quisiera decir nada que cambiase el curso de tu vida. Es una pregunta difícil. Ojalá no me la

hubieras formulado.

En sus labios se dibujó una sonrisa crispada.

—No tienes por qué responder. Ya sé lo que vas a decir. —Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y se cubrió la cara.

—No saques conclusiones precipitadas, Ken. Todavía estoy pensando.

—Dilo de una vez. Dime que sólo soy un jugador de tercera. —Emitió una risa crujiente y falsa y añadió con resentimiento—: Sabes que podrías estar equivocado. Aún soy joven, estoy desarrollándome, tengo las manos grandes y con el bate despejo las pelotas muy lejos. Joder, soy tan prometedor como tú.

Me acerqué a él, le puse las manos en los hombros y sonreí.

—Kenny, me has hecho una pregunta y yo no te he respondido todavía.

—Pues responde, por el amor de Dios. ¡Deja de torturarme!

—Ken Parrish, eres el mejor primera base en ciernes que he conocido en mi vida. En este momento, como campista, yo diría que eres un jugador de primera. Dentro de tres o cuatro años sobrepasarás a Charlie Grimm, quizá incluso a tu ídolo Lou Gehrig. En cuanto a tus despejes, ¿crees que alguna vez olvidaré las tres bases con que hiciste morder el polvo a Fort Collins? Una de tus pelotas debió de recorrer más de un kilómetro. Ken Parrish, estás preparado. Eres un jugador de primera aquí y ahora, en este preciso momento.

Dio un fuerte suspiro y alargó la mano.

—Gracias, macarroni.

Nos dimos la mano.

—Tenía que ser sincero —dije—. Pero al mismo tiempo no quería que se te subiera a la cabeza.

—Aprecio tu franqueza.

Había llegado mi turno.

—Ahora me gustaría hacerte una pregunta yo *a ti*.

—Escupe, colega.

—Yo he sido sincero. Ahora quiero que lo seas tú.

—Para eso están los amigos. ¿Qué tienes en la sesera, Dom?

—Te pregunto lo mismo: qué posibilidades tengo de fichar con los Cubs de Chicago.

Arrugó el entrecejo.

—Uf, es una pregunta complicada.

—Si eres mi amigo no, ¿verdad?

—Tengo que reflexionar.

—Adelante, tómate tu tiempo.

Se pellizó la barbilla y se sumió en el silencio. Le vi ponerse los calzoncillos y la camisa y a continuación los pantalones. Miraba al techo con una mueca, para concentrarse. Se puso los calcetines y los zapatos, se acercó al espejo y se anudó la corbata. Se humedeció el pelo y se peinó. Si buscaba impacientarme, no lo estaba

consiguiendo, porque yo ya sabía la respuesta. Sin embargo, estaba tardando mucho, más que yo.

—¿Bien? —dije.

—Sólo hay una cosa que me preocupa. ¿Cuánto mides?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Hay que afrontarlo —dijo encogiéndose de hombros—. Los buenos lanzadores son altos y delgados.

No me preocupaba aquello.

—¿Cuánto mides tú, Parrish?

—Uno ochenta.

Crucé los brazos y di una vuelta a su alrededor.

—¿Y te consideras un buen bateador?

—El mejor —dijo sonriendo como un bendito—. Lo has dicho tú.

—¿Cuántas pelotas mías has despejado en los últimos tres años?

—Unas cuantas —dijo con cara alegre—. Cinco o seis, tal vez.

—Eres un mentiroso de mierda. Sólo has despejado una y fue un golpe de una sola base y de chiripa que conseguiste porque el topetazo te hizo caer y metiste por casualidad el despeje en el campo indicado. —Me acerqué a él, mis hombros a la altura de su pecho—. ¿Quieres saber cómo te lanzo las pelotas, Parrish? Muy ajustadas, un poco por encima de tu polla, porque no tienes huevos para quedarte quieto y levantar el bate.

Lo empujé contra la pared.

—Un momento —dijo, conteniéndome con los brazos estirados—. Me has hecho una pregunta: si creo que estás preparado para jugar con los Cubs. ¿Quieres oír mi respuesta o no?

—No, no quiero.

Se encogió de hombros.

—Tú te lo pierdes.

Nos quedamos en silencio. El vapor silbaba en las cañerías. Recogí mis cosas y las lancé con fuerza al interior de la taquilla. Ken se puso el abrigo recién comprado y se ajustó el gorro de piel delante del espejo. Dio media vuelta con intención de irse. Yo no quería que la cosa terminara de aquel modo. Habíamos compartido demasiadas experiencias, demasiados buenos momentos.

—Espera —dije.

Se detuvo y volvió hacia mí.

—No estoy enfadado —añadí.

—¿Por qué habrías de estarlo? —dijo sonriendo—. Eres la promesa zurda más grande de la América actual.

—¿Por qué no lo decías?

—Te estaba poniendo a prueba. El distintivo de un lanzador grande es el deseo. Y la seguridad. Tú tienes eso, Dom.

—Gracias, Ken.

Nos estrechamos la mano. Me asió los dedos y me giró la mano.

—Dedos de artista —dijo—. Tan valiosos como los de Yehudi Menuhin. Cuando los imagino poniendo ladrillos, se me hiela la sangre.

Me quedé mirando mis diez dedos, gordos, pequeños y fuertes, sin duda como los de mi padre antes de que los ladrillos y las herramientas los retorcieran como raíces de árbol, como garras de oso. Sentí una punzada de dolor. Di un puntapié a las taquillas.

—¡Jamás pondré ladrillos! —juré—. Que Dios me fulmine si empuño alguna vez una paleta de albañil.

—Catalina —murmuró Ken—. Palmeras junto a las aguas azules del Pacífico. Cielo azul, mucho sol, cálidas noches tropicales. ¡Nada de nieve! Una isla paradisíaca donde lo único que se hace es jugar al béisbol y comer bien en un hotel elegante.

—Sigue.

—¡Piénsalo! Y fíjate dónde estamos ahora, en este sótano mugriento, enterrados en vida bajo una ventisca. ¡Dios mío, Dominic! Catalina está al otro lado de las montañas, sólo a dos mil quinientos míseros kilómetros.

Fue como un estallido:

—¡Vámonos, Kenny! ¡Vayámonos antes de que la muerte nos alcance!

—Sellemos el acuerdo.

Volvimos a darnos la mano.

—¿Cuándo?

—Mañana —dijo—. Subiremos a un autobús y llegaremos en dos días.

Aquello me frenó un poco. Había inconvenientes.

—¿Cuánto nos costará?

Ken calculaba que cincuenta por cabeza hasta que firmáramos el contrato. Di un gruñido. Aquello era más de lo que valían los muebles de mi casa, incluida la estufa de la cocina. Recordé la mandíbula floja de mi padre mientras repasaba nuestras deudas: el alquiler, la luz, el lechero, el colmado, el carbón, el médico, el almacén de maderas. Éramos tan pobres que incluso las pobres monjas del Santa Catalina nos habían admitido gratis.

Y allí estaba Kenny con su abrigo nuevo, sus zapatos ingleses y su gorro de piel, hablando de cincuenta dólares como si se tratara de cincuenta centavos, y me puse a gritar:

—¿Por qué tu hermana Dorothy no me dirige la palabra? ¿Por qué es tan clasista conmigo? ¿Qué le he hecho yo? ¿Acaso soy un vagabundo o algo parecido? Cada vez que me ve, me da la espalda. ¡Es indignante!

Kenny se había quedado boquiabierto.

—¿Qué tiene que ver Dorothy con esto?

—¡Mucho! —dije, paseándome en círculo, dando puntapiés a las toallas húmedas, cerrando taquillas a golpes—. Mucho, eso es todo. ¿No lo ves tú así? ¿Quieres

defenderla? Entonces que os den por el culo a ti y a la culona de tu madre, y al cascarrabias de tu padre, y a tu supercasa, y a tus criados, y a tus coches y a tu dinero.

Se produjo el silencio y yo me moría ya de vergüenza y de miedo por haber soltado aquellas cosas como si fuera un perro rabioso.

Se sentó, cruzó las manos y se quedó mirando al suelo.

—Pues qué bien —dijo. Noté que se alejaba de mí, que estaba cada vez más distante. Escupí abochornado. Qué vileza haber revelado aquellas intimidades como pus que brota de una ampolla. Mi pasión por Dorothy Parrish había sido desde siempre un asunto secreto y sereno que me llenaba de dulce nostalgia, y ella una muchacha encantadora sentada en un sillón, leyendo un libro una tarde de verano con el sol en el cabello: un sueño.

Ahora ya no quedaba nada entre nosotros. Ni siquiera Catalina valía ya la pena. Éramos desconocidos. Incluso cabía la posibilidad de que nuestra amistad hubiera terminado, de que fuéramos enemigos. Mientras subíamos las escaleras para sumirnos en la negrura de la calle acabé de convencerme de que habíamos entrenado por última vez en el gimnasio del Elks Club.

Nevaba tanto que ni siquiera veíamos el juzgado, que estaba enfrente. Los coches pasaban sombríos entre el lúgubre tráfico, con los faros amortajados y apenas visibles. Anduvimos una manzana y llegamos a la parada de Pearl Street, que se encontraba junto al carrito de las palomitas de maíz. Por lo general me quedaba con él hasta que llegaba su autobús y hablábamos de nuestro siguiente encuentro. Pero aquella tarde se apartó de mí y se quedó apoyado en la fachada del banco, con las manos en los bolsillos del abrigo de piel de borrego, con la cabeza vuelta hacia el punto de la calle por el que tenía que llegar el autobús, con los hombros sembrados de copos de nieve. Los ojos blancos del autobús salieron finalmente de la oscuridad. Ken se acercó al bordillo.

—Bueno —dijo con una sonrisa—. Cálmate, macarroni.

Aquello me sacó de mis casillas. Le atenacé el cuello.

—¡No vuelvas a llamarme así nunca más!

Ken estaba atónito, con los ojos como platos. Lo solté, dio media vuelta y subió al autobús. El vehículo se alejó y desapareció en la tormenta escupiendo aromas de gasolina. Metí las manos en los bolsillos y eché a andar por Pearl Street, camino de mi casa, chapoteando en el fango residual de aquella ventisca absurda. Pero la nieve tenía sus propios consuelos después de todo. Nos ocultaba de los demás, eclipsaba las pecas, las orejas de abanico, la estatura ridícula, y permitía que nos cruzáramos con otros fantasmas de la desolación, con la cabeza caída, los ojos bajos, con la culpa y la insignificancia guardadas en las profundidades interiores.

La cena estaba lista y la mesa del comedor puesta. Estábamos esperando y la abuela vigilaba desde la ventana.

—Vendrá —dijo mi madre—. Sabe que hoy hay cordero.

Casi parecía estar de fiesta, con el pelo trenzado y anudado, un batín nuevo, perfume de lilas allí por donde pasaba... y demasiados polvos de talco.

A las siete supimos que ya no se presentaría y dimos cuenta de la sopa minestrone, el costillar de cordero con arroz y pasas, los pimientos con ajo y aceite de oliva y la gelatina de frutas.

Mi madre no comió. Se levantó de la mesa y la oímos fregar cazos y cazuelas en la cocina. Ahora había dos plazas vacías en la mesa, la garrafa de vino junto a la servilleta de nuestro padre.

—Yo llamaría a la policía —dijo Clara.

—¿Para qué?

—Para darle una lección.

Siempre había sido la leal aliada de mamá. Tenía ya trece años y de la noche a la mañana se había vuelto atrevida y hostil, y reclamaba un dormitorio propio para no compartir con Frederick la salita delantera, donde dormía en el inhóspito sofá de cuero.

—Estará pendoneando en esos asquerosos billares —añadió—. Yo no permitiría que mi marido me dejara plantada.

—Cállate —dije, melancólico por Kenny, porque sabía que había perdido a mi mejor amigo.

—No quiero callarme. ¿Qué sabrás tú? Tú eres un hombre, lo mismo que tu padre. Siempre es así, los hombres contra las mujeres.

—¿Qué puede esperarse de América? —gruñó la abuela—. Cartas y billares, whisky y mujeres. Yo prefiero la dulce pobreza de Cristo y los buenos tiempos del pasado. Por lo menos las poblaciones eran pequeñas, los hombres no podían irse muy lejos y volvían a casa cuando tenían hambre.

Llevamos los platos a la cocina y mientras Clara y mamá los lavaban, nosotros hicimos los deberes. Mi padre se había ausentado de casa muchas veces, pero aquella noche pasaba algo. Flotaba en el aire que respirábamos.

—No, mamá —dijo Clara, y al levantar la vista de los libros vimos a nuestra madre llorar en silencio. Se secó las manos enrojecidas, cruzó el comedor y se encerró en su cuarto.

Clara terminó de fregar los platos y trasladó sus libros a la mesa. Estábamos muy tristes y nos costaba concentrarnos. No oíamos los sollozos de nuestra madre, pero la casa entera estaba al tanto de sus lágrimas, los suelos que había pisado, los muebles, la vieja y simpática estufa, los cazos y las ollas, el trapo de los platos que colgaba junto al fregadero, mojado todavía por la humedad de sus manos.

—Ve a ver a tu madre —me dijo la abuela.

Estaba con la cabeza en la almohada, mirando al techo con ojos que parecían pájaros empapados. Me senté en la cama, le así la mano fría e inerte y le pregunté si podía hacer algo por ella.

—Me mintió —dijo con amargura—. Siempre me ha mentado. Y ya es demasiado tarde.

Se levantó y se sonó la nariz.

En el otro extremo del dormitorio, debajo del tocador, estaban los zapatos de faena de mi padre, intactos desde hacía meses, torcidos, deformados y cubiertos de salpicaduras de hormigón, con la punta levantada como los dedos de un muerto.

—Ya no puedo echarle la culpa a él —dijo mirándose en el espejo—. Soy vieja, no valgo nada, nunca he valido nada. ¡Por eso me casé con él! Porque no había otro.

—Yo te veo bien, en tu punto.

Era lo más generoso que podía decirle y además era verdad. Yo no habría querido que fuera de otro modo. No era una belleza, pero era bella, una mater dolorosa, como la madre de Dios.

Las imágenes santas nos miraban desde las paredes, la virgen de la mesita de noche, el Sagrado Corazón con su sangrante órgano al desnudo encima de la cabecera de la cama, una figurilla de San Antonio en el tocador, Santa Teresa en la pared de enfrente. Era como la celda de una monja y me pregunté por enésima vez cómo podían hacer el amor en una habitación así, aunque a los cuatro nos habían engendrado allí mismo, en aquella cama.

—Nunca le he importado —dijo con resentimiento—. Con quien realmente quería casarse era con tu tía Flora, pero Flora no lo aguantaba. Cuando le dio el anillo para pedirle su mano, en vez de ponérselo en el dedo, Flora lo tiró al fregadero y se echó a reír, y entonces tu padre me lo dio a mí, para herirla a ella. Así fue como me casé con tu padre.

—¿No lo querías?

—Me daba lástima, si es que te refieres a eso.

No podía soportar la vista de aquellos zapatos deformes debajo del tocador, blancuzcos, luminosos y grotescos. Me levanté y los tiré dentro del armario.

—Le gusta que estén debajo del tocador —dijo.

—Me dan grima.

—Y así fue como nos casamos, y me habló de la casa maravillosa que teníamos en Roper. ¡Una casa propia! —Los recuerdos la hicieron sonreír—. Tú no sabes lo que significa eso para una mujer. En el bosque, me decía, junto a un arroyuelo, un lugar donde tener hijos. Tomamos el tren en Denver y dijo que había perdido los billetes, y el revisor esperó lo indecible, y luego dijo que también había perdido la cartera. Me dio muchísima pena, porque hablaba con un acento italiano muy gracioso, y el revisor no entendía nada y al final pagué yo los billetes. Me han robado, decía, me han quitado novecientos dólares. Pobrecillo. Se casó conmigo sin

tener un centavo, sin tener ni siquiera un dólar para pagar al cura.

Seguía con los ojos fijos en el lugar donde habían estado los zapatos. Se levantó, se acercó al armario, sacó aquel calzado cadavérico y volvió a ponerlo debajo del tocador. Se miró el revuelto peinado en el espejo, empezó a quitarse horquillas y siguió hablando con ellas en la boca.

—Y entonces vi la casa, mi maravillosa casa del bosque. —Recorrió la habitación con los ojos, con un asomo de ironía en la sonrisa—. ¿Crees que esta casa es fría y vieja? Deberías haber visto la que estaba a orillas de Roper Creek. Una chabola cerca del antiguo basurero municipal. Construida con tablas viejas y un techo de hojalata. No había agua corriente, no había fregadero, no había retrete. Teníamos que salir y ponernos entre los árboles. Y los muebles..., cajas para sentarse, un colchón que hacía de cama, un bidón de gasolina en vez de cocina. ¡Ay, Señor, cuántos embustes!

El pelo le caía por los hombros y mientras lloraba se pasaba los dedos entre las mechas.

—Entonces llegó la vieja que vivía en la chabola contigua, llamó a nuestra puerta y dijo si podíamos devolverle los muebles, porque se los había prestado a tu padre: las cajas, la cocina, el colchón, y yo la ayudé a sacarlo todo y en la casa no quedó nada, sólo el suelo de tierra.

Me dije que había tenido que ser terrible para ella, pero también mi padre me inspiraba compasión. Ella sólo había sido víctima, mientras que él había sido víctima y traidor a la vez.

—Pobre tipo —dije.

—¡Me mintió! —replicó mi madre.

—Era pobre, se sentía acorralado.

—Era un embustero.

—Tenía orgullo, por eso te mintió.

—¿Cómo puede tener orgullo un embustero? —Se acercó a la ventana. Los vidrios estaban cubiertos de hielo. Levantó los codos tiritando y se apartó—. Ya no se lo reprocho. Ahora me lo reprocho a mí misma. Quien acepta las mentiras de un hombre es tan malo como él. Es un embustero, igual que él.

En la calle sonó un claxon. Cuando llegué a la puerta ya estaban allí Clara y mi hermano, mirando el sedán gris estacionado junto al bordillo. Sólo podía ser Kenny en el coche de su padre.

—¡Guau! —exclamó Augie—. Un LaSalle último modelo. Fijaos en el capó largo y elegante.

Salí en mangas de camisa. Kenny estaba al volante y a su lado iba la increíble y hermosa Dorothy. Ésta llevaba un abrigo de visón y un pañuelo blanco alrededor de la garganta, y el cabello color miel recogido bajo el alto cuello de la prenda. Sonreía. En realidad me miraba directamente a la cara y nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Fue como si flotara, como si me elevara del suelo, y tuve que sujetarme a la carrocería para mantenerme firme, estupefacto como estaba e incapaz de hablar.

—Hola —dijo Dorothy con una sonrisa.

Aquello fue más elocuente que toda la poesía de Tennyson. Dios mío, qué palabra tan encantadora. Qué inspiradora, qué conmovedora. Y qué lista era.

—Hola —dije, y aun así tuve miedo de haber dicho demasiado, un largo discurso capaz de aburrirla. Kenny me miraba y se echó a reír.

—Coge el abrigo, Dom.

—Claro. ¿Para qué?

—Una película de Ginger Rogers en el Apollo. Dorothy quiere verla.

¿Estaba ocurriendo aquello realmente? ¿No me lo estaba inventando todo? ¿No había salido a la calle hecho una furia e imaginado el resto? Me quedé mirando el rostro resplandeciente que tenía ante mí, aquellos ojos grises y muy separados, aquella boca divina de la que salían vapores blancos y perfectos.

—Ven, por favor —dijo la boca.

Fabuloso. Mejor que Shakespeare. Casi me desmayé. Su perfume brotaba del coche y me envolvía como una nube color de rosa. Volví a la casa tambaleándome, presa de un encantamiento, sin pies, un céfiro, un ente flotante impulsado por el motor del corazón.

—¿Quiénes son? —dijo la abuela—. ¿Y qué quieren?

—Es Kenny —dije, abriéndome paso a empujones.

—El coche más moderno que hay actualmente en la calle —dijo Augie.

—A mí me parece un coche fúnebre. ¿Adónde van a llevarte? ¿Al cementerio?

Los aparté de la puerta y cerré.

—Animales —dije.

Mientras me cambiaba de camisa, Augie me llevó su chaquetón de leñador, que era lo mejor que tenía. Quise peinarme ante el espejo, pero me temblaban tanto las manos que la raya me salía torcida, y poco a poco me fui derritiendo por dentro, incapaz de pensar en su proximidad, sentado en el mismo coche, en el mismo asiento que ella, y me venció una obnubiladora sensación de inutilidad. Me dejé caer en la cama, con las manos entre las rodillas, pensando que me estaba transformando en un buey u otro cuadrúpedo de gran tamaño. Casi sentía las orejas más grandes y que tenía pelo animal en el rostro. ¿Para qué hacer nada? El contenido de la noche importaba muy poco, porque yo acabaría por reventarlo. ¿Qué diría cuando aquellos ojos grises y fríos me tasaran? ¿Y si me besaba? Caería redondo al suelo.

El claxon del LaSalle chillaba con insistencia en la calle. Frederick entró corriendo en la habitación.

—¡Date prisa! ¡Te están esperando!

—No me siento bien.

Augie me zarandéo y tiró de mí para ponerme de pie. Cogió del tocador el frasco de linimento y le quitó el tapón de rosca.

—Toma. Échate.

—Apestaré.

—Limitate a aspirarlo, hasta que notes que recuperas las fuerzas.

Me puso el frasco bajo la nariz y lo aspiré desde las rodillas. Funcionó. Los huesos se me endurecieron, los músculos se me tensaron, el penetrante tufo me envolvió como una llamarada caliente, hasta que pude tenerme derecho y volví a sentir valor, y las lágrimas me corrían por las mejillas mientras el linimento me quemaba los pelillos de las fosas nasales.

Entonces recordé quién era yo; no un piojoso don nadie, sino El Brazo, el hombre capaz, el hombre que hay que ser, el hombre que lo consigue, no el hombre hola-chico, sino el hombre que sabe lanzar pelotas con efecto, el hombre tenaza, don Templo de los Famosos.

Augie levantó el chaquetón y me enfundé en él, ya recuperada la calma. Entré con indiferencia en la salita delantera, dejé atrás a la multitud apelonada en la puerta de la calle y salí al encuentro del automóvil que aguardaba. Se abrió la portezuela de delante y me deslicé en el asiento, al lado de mi sueño. Ken arrancó. Cuando el coche se puso en movimiento se oyó crujir la nieve.

El milagro. Tantas horas suspirando por ella, tantas fantasías absurdas e imposibles y de repente la tenía a mi lado, áurea y sagrada. Hacía calor en el coche, se estaba cómodo allí dentro, y su perfume me embriagaba y extasiaba. Se movió un poco y hubo un placer accidental cuando su rodilla rozó la mía. Como un beso. Lo que ocurriría después era insondable, superaba toda imaginación. Incluso podía llegar a dirigirme la palabra.

El asfalto estaba cubierto por una espesa capa de nieve y Ken conducía con precaución, a treinta por hora. De los olmos de Arapahoe Street colgaban guirnaldas de nieve. La luz de las farolas formaba brillos cálidos en la calzada, montículos blancos y sensuales que recordaban al pan. No se veía ni un alma y por las calles sólo pasaban vehículos ocasionales, flotando, como a cámara lenta.

Salimos de Arapahoe doblando hacia el norte, por la calle Doce, en dirección al centro. Dorothy no había abierto aún la boca y parecía contentarse con mirar la calle que tenía ante sí. Encendió un cigarrillo con el mechero del salpicadero y de la calidez íntima de su boca manó una perezosa burbuja de humo fascinante. Su humo. Distinto. Omnipotente.

—Recuerda que has prometido comportarte —dijo Kenny a su hermana. Y a mí —: Le conté lo que me dijiste esta tarde.

Capullo. Me había puesto en evidencia.

—Hablas demasiado —dije.

La mano de Dorothy asió la mía.

—Estoy de acuerdo. —Sentí mis dedos oprimidos por la suave calidez de su guante de cabritilla—. Perdona si estuve antipática —añadió—. Pero es que tú y Kenny sólo habláis de béisbol.

—¿No te gusta el béisbol?

—Puedo vivir sin él.

—¿Y qué te gusta?

—El tenis, el esquí, la lectura. Me encanta James Joyce.

—¿Te refieres a Jim Joyce, el que juega de medio con los Browns de San Luis?

—Dios mío.

Exhaló el humo y apagó el cigarrillo con ademanes de impaciencia. Kenny sonrió.

—Se refiere a Joyce, el escritor.

Yo y mi boca. Nunca había oído hablar de aquel tipo. Dorothy se había puesto rígida, con los brazos cruzados y la mirada al frente.

—¡Ah, ése! —dije, esforzándome por ocultar mi ignorancia, aunque fue inútil y me di cuenta de que me consideraba un palurdo. La miré a la cara y vi su mandíbula decidida, los dientes apretados. Me entraron ganas de saltar del coche y ponerme bajo las ruedas. Dorothy no volvió a pronunciar palabra.

—¿Ves ahora lo que te has estado perdiendo? —dijo Kenny—. Una arpía sin adular, en estado puro.

Aparcó enfrente del Apollo, al otro lado de la calle. Yo bajé como un rayo, casi como quien huye, y entonces me acordé de que tenía que ofrecer la mano a Dorothy para ayudarla a bajar, pero no me prestó la menor atención y envolviéndose en el abrigo salió disparada hacia el cine, Ken pisándole los talones.

Allí me quedé, helado hasta la sangre, sintiéndome morir e incapaz de moverme. La verja de hierro del juzgado estaba a unos metros y al otro lado había un arbusto de lilas cubierto de nieve. Mi idea era saltar la verja y no dejar de correr hasta llegar a Wyoming. Me encontraba en el estado que no debía con la chica que no debía, temeroso de ella, temeroso de respirar en su presencia. Pero aún quedaba otra salida. Ir hasta la vía del tren y arrojarme delante del cercanías de Greeley, que pasaba a las ocho, arrojarme contra el rastrillo quitapiedras, acabar con las costillas rotas, la cabeza abierta y todo lleno de sangre, joven de Roper se quita la vida, los padres identifican el cadáver de Dominic Molise, el conocido deportista.

—¡Eh, vamos!

Kenny agitaba la mano en la puerta del cine. Crucé la calzada. Dorothy se encontraba bajo la marquesina, dando patadas en el suelo. Yo, lógicamente, no tenía dinero y Kenny se encargó de las entradas. Dorothy me miró fugazmente, fría como una estrella, Kenny volvió de la taquilla y entramos en el local.

El cine estaba casi vacío, había veinte personas a lo sumo. Estaban pasando un noticiario, con imágenes del ex presidente Hoover jugando al golf. Fue abucheado por media docena de espectadores. Nos instalamos en las filas de atrás, donde estaba permitido fumar, Dorothy entre los dos. Se echó hacia atrás el abrigo y quise ayudarla, pero se lo quitó sola, con crispación, reacia a aceptar mi ayuda. El aire se llenó del perfume que brotaba del abrigo abierto. Lo inhalé y di un suspiro. Dorothy se puso un Camel entre los labios y esperó a que se lo encendiéramos. Rebusqué en mis bolsillos con desesperación y aún estaba dando zarpazos cuando se lo encendió

Ken. Dorothy soltó una bocanada de humo y se sentó, en espera de que terminase el noticiario.

Empezó el primer largometraje de la sesión. Era *El hombre de Nogales*, de Tom Mix.

—Mierda —murmuró Dorothy, consciente de que iba a tener que esperar un rato antes de ver a Ginger Rogers en *Dancing Daughters*.

La película de vaqueros la aburrió desde el instante en que aparecieron Tom Mix y su caballo Tony. Estuvo diez minutos removiéndose con nerviosismo, cruzando y descruzando las piernas mientras en la pantalla estallaban los fogonazos de los disparos.

—No aguanto más —dijo de pronto, recogiendo el abrigo y echando a andar por el pasillo.

Me volví sin poder creérmelo y vi que Dorothy abandonaba el cine.

—¿Qué ha pasado?

Ken se retrepó en la butaca.

—No le gustan las películas de vaqueros.

—¿Por qué no nos vamos nosotros también?

—Yo me quedo. A mí me encanta Tom Mix.

Me levanté y recorrí el pasillo a toda velocidad. Cuando llegué a la calle, Dorothy se estaba poniendo al volante del LaSalle. La llamé, me vio y encendió el motor. Crucé la calzada mientras el coche empezaba a moverse, aplastando la nieve.

—Espera.

El vehículo se detuvo y los ojos grises, casi solemnes ahora, se volvieron hacia mí.

—¿Qué ocurre?

—No te vayas. Quédate.

Arqueó los hombros.

—Todos esos tiros, es infantil.

La brisa nocturna le alborotaba el cabello y le agitaba el pañuelo blanco contra los guantes negros. El chorro de su aliento era una flor en el aire frío. La habría estado mirando toda la eternidad.

—Hace frío —dijo tiritando—. ¿Por qué no te quedas con Kenny y disfrutas de la película?

Pero yo no podía dejarla. Era muy probable que nunca más volviera a estar con ella a solas. Y un hombre debe aprovechar todas las oportunidades con una chica como ella.

—Tengo que hablar contigo —dije—. Es muy importante.

—En otro momento.

—Estoy desesperado, Dorothy. Ayúdame. Necesito tu consejo. Lo necesito ardientemente.

Arqueó las cejas.

—¿Desesperado? —Aquello le hacía gracia—. ¿Y cómo podría darte yo ningún consejo?

—Sé que puedes.

—¿Y cómo, por el amor de Dios?

—Pues escuchando. Tú estudias psicología, ¿no?

Adoptó una actitud pensativa.

—Sube —dijo sin entusiasmo.

Di la vuelta al vehículo y me senté junto a ella. Accionó el cambio de marchas y el coche se puso en movimiento. Por fin estábamos solos, Dorothy Parrish y Dominic Molise. Era el momento culminante de mi vida.

Conducía despacio, sin hablar, como dándome tiempo para hilvanar mis ideas. Yo sabía que tenía que quedar bien y estuve dándole muchas vueltas a la cabeza, esforzándome por encontrar algo de valor. Entonces me acordé de la aparición de la Virgen junto a mi mesita de noche.

Recorrimos Pearl Street. Los escaparates de los comercios estaban iluminados, pero las aceras vacías. En el cielo occidental había un nubarrón sentado como un cisne sobre Flagstaff Mountain. Dorothy dobló por Walnut y pasamos por delante del Onyx y sus deslumbrantes luces de neón. Había gente acodada en la barra y desde la calle se oía la música de la máquina de discos.

—Bueno, hombrecito, ¿cuál es tu problema?

—Es un sueño que tuve. Y me tiene preocupado.

Me miró de soslayo con ojos turbados e inquietos.

—Puede que no sea yo la persona más indicada para escucharte. Los sueños son un asunto muy personal. ¿Por qué no vas a ver a un psiquiatra?

—No es tan grave. Quiero decir que no es pecaminoso ni nada por el estilo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Salía la Virgen María.

—Yo de eso no sé nada. ¿Por qué no hablas con el cura?

Le hablé de la misteriosa visita que me había hecho y le conté que había despertado a Augie, pero que él no había llegado a verla. Mientras hablaba recorrimos todo el pueblo, salimos al prado de picnics, llegamos a orillas del Chautauqua, rodeamos el campus del colegio universitario, el interior del coche caldeado por el sistema de calefacción que gemía debajo del salpicadero.

Cuando sacó los brazos del abrigo, la ayudé a desprenderse de la prenda, que cayó a su lado como un nido de visones forrado con seda de oro, y ella me dio las gracias. Debajo llevaba un jersey blanco de cuello alto y una falda de lana verde; sus rodillas eran redondas y suaves.

Ni siquiera hablándole me atrevía a mirarla directamente. Cada detalle suyo producía una explosión en mi organismo, la curva de su codo, la cincelada perfección de sus aletas nasales, la densa languidez de su pelo, la perfecta orfebrería de su reloj de pulsera, la mancha de carmín en el cigarrillo, la concavidad de su estómago, la

tersura de su regazo, los desenvueltos pechos que avanzaban gallardamente en vanguardia del resto de ella, saltando de vitalidad.

La historia de la aparición la dejó aturdida y fascinada, pero se limitó a decir que no era más que un sueño. Las palabras brotaban de su exquisita boca como pompas de música y atesoré cada una de sus sílabas en el almacén de mi cerebro, jurándome recordarlas eternamente. ¡Qué hermoso era Roper en aquellos momentos! ¡Qué cerca estaban las encantadoras montañas! ¡Calles enternecedoras, amados vecinos junto a las silenciosas chimeneas! ¡Qué suerte estar vivo, qué emocionante el futuro!

Y por si fuera poco, lo más increíble de todo, la perfección del instante, latiéndome en la cintura y en los muslos, atronando como un tambor de parche tirante, doloroso, insoportable, la deliciosa tortura que me devoraba entero.

Según me dijo, había analizado sueños, pero jamás habría imaginado lo que sucedía en mi interior.

—Un sueño es como una pelota de béisbol. Tienes que quitarle el cuero de la cubierta y desenredar la cuerda para llegar al núcleo.

—Eso está bien —dije—. Hagámoslo. Desenredemos.

—Se tarda algún tiempo. —Me miró con una sonrisa—. ¿No te importa?

—De ningún modo. Tómame el tiempo que quieras. Me estás ayudando mucho. No sé cómo darte las gracias. Estoy aprendiendo cosas de las que no sabía nada. Tú haces que todo parezca muy claro.

Aquello le gustó.

—¿Te apetece un café?

—Me impedirá dormir —dije, pensando en mis bolsillos vacíos.

—Si vamos a hablar de tu sueño, será mejor que estés despejado. Podríamos tomarlo en mi casa.

—Buena idea.

Estábamos al sur del pueblo, dando vueltas al quiosco de la música del recinto donde se celebraban las ferias. Dorothy completó el circuito y puso rumbo al centro. El tambor de mis riñones tensó aún más el parche y las oleadas de dolor me subieron por la espalda y me bajaron por las piernas. Tenía la polla más tiesa que una lanza al ataque, un serio problema, y era consciente del mismo. Cuando llegáramos a la casa y me viera el paquete a plena luz, la velada terminaría allí mismo.

—¿Te importaría pasar por el Elks? Me he dejado un libro en el gimnasio.

—No te preocupes.

Volvimos al centro otra vez.

—¿Cuántos años tienes? —añadió.

—Suficientes. La edad no importa.

—A los diecisiete sí. Tú tienes diecisiete, ¿no?

—Casi dieciocho.

Aparcó junto a la acera, delante del Elks Club.

—Ya que has preguntado, ¿cuántos años tienes tú?

—Veintitrés.

—No eres tan mayor.

—¿Para qué no soy tan mayor?

—Quiero decir que no eres una vieja.

Sonrió.

—Soy demasiado mayor para ti.

Aunque disentía, no dije nada. Si hubiera tenido setenta, tampoco me habría importado. Cuando ella tuviera ochenta, yo tendría setenta y cuatro, y cuando cumpliera los cien, yo tendría noventa y cuatro. ¿Qué importancia tenía pues la edad?

Bajé del coche y, cuando me enderecé, los riñones me chirriaron y se me tensaron cables y muelles. Como el chaquetón de mi hermano me llegaba hasta las rodillas, bajé los nevados peldaños del gimnasio sin necesidad de doblarme.

El local estaba a oscuras y caldeado por el vapor de las cañerías del techo. Me acerqué a mi taquilla, me quité los pantalones y me ceñí un suspensorio. Volví a ponerme los pantalones y me miré en el espejo. El artilugio era eficaz, ya que ocultaba todo lo que podría ser comprometedor. La técnica no era precisamente nueva. Muchos hombres recurrían a ella.

Cuando volví al coche, vio mis manos vacías.

—No lo he encontrado —dije.

Llegamos a la mansión Parrish y Dorothy dejó el coche en el garaje, al lado del Buick de su madre. Cargado con su abrigo, la seguí por las escaleras del porche del servicio. Abrió la puerta y encendió la luz de un manotazo. Estábamos en la cocina.

Una estancia inmensa. Estufa de porcelana blanca, frigorífico, cazos y cazuelas de todas clases colgados de las vigas más bajas, suelo de deslumbrantes baldosas rojas. El rincón del desayuno era una ancha y redonda mesa de roble rodeada de sillas de brazos. En el centro había un frutero con manzanas y naranjas.

Recuperó su abrigo, lo colgó en el respaldo de una silla y me dijo que me pusiera cómodo. Me quité el chaquetón, tomé asiento y me dediqué a mirarla mientras ella correteaba por el destellante suelo con los preparativos del café.

—Será mejor empezar por el principio —dijo—. Cuéntame otra vez lo que pasó.

Me la comía con los ojos mientras le hablaba. El culito que tenía bajo la falda verde era firme como una pelota de béisbol. Qué elegancia la suya. Convertía en ballet la preparación de un café. Nunca había imaginado que abrir un armario pudiera ser tan hermoso. Cuando se acercó con la jarrita de la leche y la dejó en la mesa, el bulto que comprimía el suspensorio se puso en marcha como una bomba de relojería.

—¿Tienes hambre? —dijo.

—Es igual.

—¿Te apetece una tortilla francesa?

—Mucho. ¿Te ayudo?

—Si quieres...

Me miré las manos. Podían ser útiles con un poco de agua y jabón. Me señaló una

puerta con la cabeza.

—El lavabo está ahí.

La puerta daba al cuarto de la colada y el lavabo estaba en el otro extremo. Me lavé, me sequé y emprendí el camino de la cocina. En el cuarto de la colada me llamó la atención una cuerda que iba de pared a pared. De ella colgaba una serie de bragas semejantes a una tertulia de muchachas risueñas. Las había azules, rosas, blancas y doradas. Eran demasiado delicadas y pequeñas para ser de la señora Parrish. No podían adornar otra cosa que la gloria de mi vida, los sacrosantos filamentos de seda de mi amada. ¡Maldición! ¡Tenía que saciarme de ella aquella misma noche! Avancé pegado a la cuerda y me froté la cara con todas. Me acariciaron la nariz, me revolviéron el pelo. Eran doce, eran muchas, y yo no tenía ninguna, ni una sola para llevármela como trofeo evocador de recuerdos. Las doradas me atraían mucho. Tenían lentejuelas negras en los bordes y eran blandas como plumas, suaves como oropéndolas. Unas para mí, once para Dorothy; era más que justo. Las desenganché de las pinzas y me las guardé bajo la camisa. Las sentí en contacto con mi carne, respirando, encogidas de felicidad.

Volví a la cocina. Dorothy estaba ante el aparador, cascando huevos y vertiendo el contenido en un cuenco. Ver romperse entre sus dedos blancos aquellos objetos ovales que derramaban un chorro dorado producía una sucesión de pequeñas explosiones en mis entrañas. Las pantorrillas me temblaron cuando se puso a batir los huevos con un tenedor y éstos se volvieron amarillos como su pelo. Echó un poco de leche en la mezcla y la suavidad sedosa de la leche que caía casi me hizo perder el sentido. Quería decirle: «Dorothy Parrish, te amo», estrecharla entre mis brazos, coger el cuenco de los huevos y derramarlo encima de nosotros, rodar con ella por las baldosas rojas, rebozados en la conquista de los huevos, contorsionándonos y resbalando en el amarillo del amor.

Preparé las tostadas y ella las untó con mantequilla mientras tocábamos temas imperecederos, como el tiempo, el cine y el hecho de que todo el mundo estuviera resfriado. Nos sentamos a la mesa redonda, comimos tortilla con tostadas y tomamos café.

Dorothy comía con voracidad, con fruición, y yo sentía envidia de cada bocado que cruzaba sus dientes. La oí masticar el pan tostado, oí el rumor del café que tragaba y me pareció que detectaba un gorgoteo fascinante en algún punto de sus maravillosos intestinos, un gemido limpio, una nota de música pura.

No sacó nada en claro de la aparición y me di cuenta de que se esforzaba por buscar elementos que no estaban allí. Se lució un poco utilizando palabras como la «libido» y el «id». En cierto momento en que se fijó en mis dedos, me cogió la mano y observó mis uñas gruesas y mordisqueadas.

—¿Hace mucho que te las muerdes?

—Toda la vida.

—No debes preocuparte. La última teoría sobre morderse las uñas dice que sólo

es una inofensiva descarga de tensión. Yo estoy de acuerdo con Voellerts. Seguramente es beneficioso para ti.

—Excelente. Me venía preocupando desde hacía años. Ahora me siento mucho mejor.

Se sintió halagada.

—Ahora vayamos a la raíz del problema. Tu padre. ¿Cómo te llevas con él?

—Muy bien. Nos apañamos.

—¿No detecto algo de hostilidad en esas palabras?

—Tenemos nuestras desavenencias.

Sonrió con seguridad.

—Ya me lo figuraba. En el fondo le odias, ¿verdad?

—Me da pena.

—¿Lástima?

—No tiene trabajo y ha de mantener a una familia numerosa. ¿Por qué no habría de darme pena?

Encendió un cigarrillo y trazó un cero con él.

—Debes saber que la lástima es una forma de superioridad. Creo que te gusta verle sufrir.

—Me parece que no.

—Odias a tu padre —insistió con convicción— porque te fastidia que tenga atenciones con tu madre.

—El problema es que no presta atención absolutamente a nadie.

—¿El problema? —saltó—. ¿Has dicho «el problema»? ¿Por qué?

—Mi madre es una mujer sencilla. Yo creo que se ha cansado de ella.

—Ahora lo comprendo —dijo con voz de triunfo—. No era la Virgen. Era tu madre.

—Imposible. Mi madre es castaña y la Virgen era mucho más joven.

—¿Es que no te das cuenta? La Virgen era la mujer que tú *querías* que fuera tu madre.

Había dilatado los ojos y le brillaban. Me vi reflejado en sus pupilas, mi cara, mis ojos, el frutero, todo curvado.

—Qué contenta estoy —dijo suspirando—. He podido ayudarte. Siento de verdad que he hecho algo por ti. —Puso la mano sobre la mía—. ¿Cómo es tu hermano? ¿Qué sientes por él? ¿Os peleáis?

—Mucho.

—¿Por qué motivo?

—Por todo.

Se levantó embargada por la emoción y comenzó a pasear arriba y abajo.

—Eso que dices es interesante. Muy interesante. —Su melena de paje se bamboleaba y se ahuecó como una falda cuando Dorothy se volvió para darme la cara, con los brazos abiertos y el pecho a punto de estallar—. ¡Ya lo tengo!

¡Rivalidad entre hermanos! —Corrió hacia mí y me puso las manos en los hombros, con la húmeda boca desbordante de emoción—. Tienes celos de tu hermano porque tu madre lo quiere más que a ti. ¿Verdad que es eso?

—No.

—No cooperas —gruñó—. Tienes que ser sincero, de lo contrario es una pérdida de tiempo.

—Si ya me esfuerzo.

Me zarandeó.

—Concéntrate, Dominic. Vuelve a tu primera infancia. A tus recuerdos más antiguos. ¿Cómo fue tu aprendizaje con el orinal?

—Creo que no vas por buen camino.

—¿De veras? —Hablabas con mucha seguridad—. Concéntrate en aquellos años. ¿Representó un problema?

Yo sólo podía concentrarme en el presente, en el momento de estar con ella, no en los remotos tiempos en que utilizaba orinal y me meaba en la cama.

—No me acuerdo —dije.

—No me extraña. Un caso de amnesia adolescente: la compulsión inconsciente a olvidar lo desagradable. Nos pasa a todos. ¿Más café?

Se acercó a los fogones deslizándose como una serpiente dorada y me la quedé mirando con ganas, sintiendo en mi interior el despertar de un demonio, una necesidad imperiosa, quien algo quiere algo le cuesta, ahora o nunca, habla o calla para siempre.

—Te quiero —dije.

Dejó la cafetera y se volvió con expresión meditabunda, encontrándolo gracioso y no gracioso, sin creérselo del todo.

—No seas tonto —dijo sonriendo.

—Te quiero.

Ahora o nunca. Me levanté sin pies y sin saber cómo avancé hacia ella, caí de rodillas, rodeé sus caderas con los brazos y hundí la cara en las profundidades de su vestido. El demonio me dominaba por completo.

—¡Te quiero, te quiero!

—¡Ya está bien!

Forcejeó para soltarse.

—¡Déjame, imbécil!

Pero el demonio me daba fuerzas y mientras se retorció y me empujaba, yo estampaba besos en su vientre y en sus muslos. Entonces perdió el equilibrio y cayó encima de mí. Yo me sentía inspirado y la cubrí de besos. Rodábamos por el suelo cuando me acordé de la letanía de la Santísima Virgen, y mientras la recitaba vociferando, la besaba en el cuello, en la rodilla, en la pierna, en el codo, en todo lo que se ponía al alcance de mis labios.

—¡Rosa mística! ¡Trono de sabiduría! ¡Causa de nuestra alegría! ¡Vaso de honor!

¡Torre de David! ¡Torre de marfil! ¡Refugio de los pecadores! ¡Arca de la alianza!
¡Puerta del cielo! ¡Estrella matutina! ¡Consuelo de los afligidos! ¡Auxilio de los
cristianos! ¡Cordero de Dios!

Entre fintas y tirones ella me arrastraba por el brillante suelo unas veces hacia este lado, otras hacia aquél, sin zapatos ya, atenazándome con fuerza con ambas manos, poniéndose en pie en ocasiones, tirándome del pelo, hasta que consiguió soltarse. Jadeamos en silencio durante unos instantes, ella apoyada en el frigorífico, yo en el suelo boca abajo.

—¿Tendrías la amabilidad de irte a tu casa ya? —dijo por fin.

Se remeti6 la blusa, se alis6 la falda y se puso los zapatos sin agacharse. Me levanté recogéndome los faldones de la camisa y de pronto cayeron a mis pies: las bragas doradas con lentejuelas negras. Las recogí. Me sentía más allá de la vergüenza. Quedaron colgando de mi mano mientras yo seguía jadeando con cansancio.

—¡Mis bragas nuevas! —dijo.

—¿Puedo quedármelas?

—¡No!

—Por favor.

—¡Desde luego que no! —Me las arrebató de un zarpazo—. ¡Eres un chico terrible!

—Te quiero —dije, abriendo los brazos.

—¡Ni se te ocurra!

Me quedé mirando su largo cuello, su pelo rubio, el milagro de la vertical que formaba con sus zapatos, y me eché a llorar, porque Dorothy Parrish nunca sería mía, nadie procedente de Torricella Peligna poseería jamás a una chica como Dorothy Parrish, ni aunque transcurrieran mil años y mientras hubiera otros hombres en la tierra.

—Lo digo en serio —dije sollozando—. No lo puedo evitar. Te quiero.

—Por favor —dijo con calma.

Se dirigió a la puerta trasera y la abrió. Recogí el chaquetón, pasé por delante de ella y salí al porche del servicio.

—Buenas noches —dijo.

—Te arrepentirás —dije poniéndome el chaquetón—. Oirás hablar de mí en el futuro y entonces te arrepentirás.

Cerró la puerta y oí el chasquido del pestillo. Volví a la calle por el camino de entrada.

Había recorrido dos manzanas por College Avenue cuando me encontré con Kenny, que volvía del cine.

—Hola, enamorado —dijo.

—No te hagas el listo.

—Te has perdido una función de campeonato. Las dos películas. Ginger Rogers..., qué cuerpo.

—He de decirte algo relacionado conmigo y con tu hermana.

—No me digas que te la has tirado. —Se estaba burlando de mí.

—La he besado, eso es todo.

—¿Y tan mal te sentó? Pareces un fugitivo de la justicia.

—A mí me gustó. A ella no.

—Es demasiado mayor para ti. No es tu tipo.

—¿Y cuál es mi tipo, míster Anthony?

—Atraída por tu fama aparecerá algún día una chica en tu camino. Tal vez una estrella como Ginger Rogers. No es importante todavía. Tienes que pensar en el brazo, Dom. Nada importa salvo el brazo.

—El Brazo no está preocupado —dije levantando la extremidad—. El Brazo sabe qué es lo importante.

—¿Sabe que no se puede mezclar a las mujeres con los lanzamientos?

—No lo tiene tan claro.

—¿Suspira por cierto paraje tropical situado frente a la costa de California y que es propiedad de un magnate del chicle?

—El Brazo es consciente de la existencia de ese lugar.

—Pregúntale cuándo nos vamos.

—Muy pronto.

Estaba de pie junto a la farola, con las mejillas coloreadas, caliente como un castor dentro del abrigo nuevo, con gruesos chanclos en los pies, seguro de sí mismo, libre para ir a cualquier parte.

—Mucho fanfarroneas tú —dije—. ¿No serás por casualidad el hijo de Joe Parrish, uno de los hombres más ricos del pueblo?

—¡Qué cojones! Otra vez con lo mismo. —Dio un puntapié a la nieve—. Cincuenta piojosos dólares. Hasta tú podrías conseguirlos si lo intentaras.

—¿Cómo?

—Tu viejo.

—No los tiene.

—¿No puede pedirlos?

—No puede.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y basta.

Sonrió ligeramente.

—¿Sabes lo que creo, gallina? Creo que eres un cobarde.

Me entraron ganas de sacudirle, pero de pronto su sonrisa fue la de su hermana y lo mismo sus plácidos ojos. Le escupí en la cara. No se movió; la saliva le resbaló por la nariz y se la limpió con calma con el dorso del guante.

—¿Te sientes mejor ahora? —dijo.

Hundí los puños en el chaquetón y me alejé, pero al cabo de veinte pasos reduje la velocidad. Quería a Kenny. Era el único amigo que tenía. Respetaba El Brazo. A veces me pinchaba, pero yo también le pinchaba a él, y teníamos un sueño en común. No podía tirarlo todo por la borda. Lo vi subiendo cansinamente la colina, inclinado para compensar la pendiente.

—¡Ken! —Se volvió—. Perdona.

—No pasa nada, colega.

—¿Te sientes herido?

—Qué va.

—Nos veremos mañana en el Elks.

—Habla con tu viejo, Dom. No te hará daño intentarlo.

—De acuerdo.

Era día de cobro en la fábrica de cerámica y el Onyx Bar estaba atestado de parroquianos, una fila doble delante de la barra y cuatro o cinco en cada reservado.

El suelo estaba resbaladizo y mojado a causa de la nieve de los zapatos y de la cerveza que se derramaba, en la máquina de discos sonaban canciones country a todo volumen y todos gritaban para que les oyeran. Riley, el camarero, me vio entrar y me gritó: «No está aquí, Don», aunque yo no me llamaba así.

Me abrí paso entre la barra y los reservados hasta que llegué a los billares del fondo. Allí reinaba el silencio, no había nadie jugando al billar, sólo un corro de hombres alrededor de las dos mesas de póquer del fondo. Mi padre no estaba allí. Me acerqué al bastidor de los tacos. A veces se iba a jugar una partida fuera del pueblo y se llevaba su propio taco. Pero su taco estaba allí, metido en el hueco del bastidor, con su nombre grabado en la empuñadura.

Abandoné la trastienda y caminaba ya entre el gentío de la barra cuando una mano de mujer salió de un reservado y me tiró de la manga. Era una mano regordeta, con manchas marrones de nicotina y dos anillos de oro en los dedos. Era Rita Calabrese. Estaba sola en el reservado, bebiendo vino dulce. Se olía cuando abría la boca para hablar.

—Eres el chico de Mary Molise.

Había conocido a mi madre en Denver, cuando las dos eran niñas. Ralph, su marido, era propietario de Studebaker Rockne Motors y tenía un hijo, Robert, que se había enfrentado antaño a Strangler Lewis en Greeley en un combate de lucha libre.

Mi madre decía que era una mala mujer.

Le pregunté si había visto a mi padre.

—Siéntate —dijo—. Adoro a tu madre. Es un ángel.

Nada más sentarme oí el alarido de Riley:

—Sigue tu camino, Don. —Y me señaló la puerta con el pulgar.

Me levanté para marcharme, pero Rita volvió a tirarme de la manga.

—¿Conoces a Edna Pruitt? —preguntó.

—Claro. ¿Por qué?

—¿Qué crees *tú*?

—¿Está mi padre con ella?

—No he dicho eso —dijo sonriendo con afectación—. Lo único que he dicho es que tu madre es un ángel.

Había que ser forastero para no conocer a Edna Pruitt. Hacía unos años la habían acusado de practicar abortos y se había celebrado un juicio famoso del que había salido absuelta. Pero su siniestra reputación había perdurado y cada nueva generación de críos de Roper afirmaba haber encontrado fetos muertos en el cubo de basura de la casa de Edna Pruitt. También yo me había detenido más de una vez, furtivo y trémulo, a levantar la tapa del cubo para mirar dentro, con repugnancia y miedo de ver algo espantoso. Siempre me llevaba un chasco.

Tenía una casa de madera blanca en Pine Street, enfrente de la nueva oficina de correos. En la puerta del encristalado porche había un rótulo:

Edna Mae Pruitt, DSC, PHM

Masajista quiropráctica

Trato personalizado

Sanación espiritual

Día y noche. Teléfono 37 W

La fachada estaba a oscuras, pero había una luz tras la persiana verde de una ventana lateral. Me quedé en la calle preguntándome qué coño hacía yo allí. Si quería que mi padre me ayudara y mi padre se encontraba allí, aquella casa era el peor sitio donde podía estar yo. En medio de un frío que pelaba, el cielo lanzó un suspiro y se puso a nevar.

Volví a mirar la ventana iluminada. ¿Estaría allí? ¿Qué estaría haciendo? No era asunto mío, pero tenía que averiguarlo. Puede que estuvieran celebrando una orgía, cometiendo adulterio. ¿Qué podía hacer yo? ¿Impedírselo? ¿Y acabar en el depósito de cadáveres hecho pedazos? Adolescente de Roper víctima de un homicidio. Padre apuñala a hijo... La policía encuentra en la nieve el arma del crimen... El consternado padre detenido... Culpa a su carácter incontrolable... Era un buen chico, afirma su progenitor... Un deportista destacado... El angustiado padre intenta ahorcarse en el calabozo... El sacerdote ensalza los méritos del joven asesinado...

Destinado a la liga nacional, dice el padre Murray... Sus compañeros de equipo transportan el féretro... El jurado declara a Molise culpable... Fijada la hora de la ejecución... El gobernador rechaza la última petición de clemencia... Albañil ejecutado.

Pisé el césped para acercarme a la ventana y miré por una ranura de dos centímetros que había en la parte inferior. No era una orgía ni una fiesta. Ni siquiera parecía un encuentro amoroso. No había más que dos personas, mi padre y Edna Pruitt, sentados tranquilamente en la salita bajo un gran retrato del presidente Hoover. Edna estaba en una mecedora, tejiendo un calcetín, y mi padre hacía un solitario en una mesa de juegos. Ni siquiera se había quitado la chaqueta, pero respiraba una sensación de paz, una serenidad extraña que no le había visto hasta entonces.

Edna tenía diez años más que él, era una mujer fornida vestida con el uniforme blanco de las enfermeras, con medias blancas y zapatos blancos. No hablaban ni se miraban y estaban completamente inmóviles, excepción hecha de las manos, las de mi padre volviendo cartas lentamente, las de Edna manipulando las agujas. Si no se hubiera tratado de mi padre, habría jurado que aquellos dos llevaban veinte años casados, dos personas que se hacían compañía en silencio durante una noche invernal.

Mi padre bostezó y estiró los brazos. Edna bostezó también, sonrió y se acercó al armario, despertando crujidos en el suelo con su dilatado volumen. Sacó el abrigo de mi padre y lo sostuvo abierto mientras él metía los brazos en las mangas. Entonces se produjo el incidente más espectacular de la noche: Edna le dio un beso. Lo besó en la barbilla, sin dar importancia al gesto, y mi padre se dirigió a la puerta.

Cuando salió al porche, eché a correr por el callejón y me mantuve unos metros por delante de él. Coincidimos en la calle Doce. Anduve a su paso, aún sin aliento.

—¿Qué haces por aquí a estas horas?

—He estado con Kenny. Quiero hablar contigo, papá. Es importante.

—Creía que ya estaba acordado. Terminarás el bachillerato y luego trabajarás para mí.

—No resultará.

—No hablemos más de eso.

Seguimos andando los dos al mismo ritmo, con la nieve acumulándonos en los hombros. Probé otro método de abordaje.

—¿Sabes quién es Joe DiMaggio, papá? ¿Y Tony Lazzeri y Frank Crosetti?

—Jugadores de béisbol —dijo con un gruñido.

—¿Has oído hablar de Babe Pinelli, de Lou Fonseca, de Ron Pelligrini?

—Más jugadores de béisbol.

—¿De Vic Monte, de Sam La Torra, de Boots Zarlingo?

—Jugadores de béisbol.

—¡Personas, papá! Seres humanos como tú y como yo. Hijos de sastres, de carniceros, de pescadores. De barberos y mineros. Italoamericanos de hogares como

el nuestro, de todos los rincones de esta tierra de oportunidades. ¿Sabes lo que se dice de las oportunidades, papá?

—Dímelo tú, que lo sabes todo.

—Que sólo se presentan una vez.

Se detuvo y yo hice lo mismo. Me miró con irritación, sacó la mano del bolsillo de la chaqueta, cerró el puño y me lo puso bajo la nariz.

—¿Ves esto? También se presenta sólo una vez.

Pero yo tenía que mantenerme firme.

—Me voy del pueblo, papá.

Se volvió y siguió andando, más aprisa. Recorrimos una manzana en silencio.

—¿Adónde te vas?

—A California.

Se detuvo otra vez, con el sombrero y los hombros cubiertos de nieve.

—Y vas a hacerte rico jugando al béisbol.

—Voy a intentarlo con los Cubs de Chicago.

—¿Y los Cubs de Chicago lo saben?

—Lo sabrán; cuando me vean.

El dolor y la tristeza suavizaron sus facciones. Me puso la mano en el hombro, sin atreverse a decir lo que pensaba. Pero yo sabía qué era.

—Dilo. Piensas que no soy lo bastante bueno.

—Eres bueno, chico —dijo con dulzura—. Pero no lo bastante *duro*. ¿Sabes de qué estoy hablando? Esos hombres son de hierro. Son duros, están curtidos. Te machacarán en el campo. Te matarán. Te partirán el corazón.

Estábamos en una calle muerta, en plena noche, en medio de una nevada tan densa que apenas nos veíamos. Y me estaba diciendo que era un flojo, mi propio padre, y me deprimió darme cuenta de que me juzgaba poniéndose él mismo por modelo. Él era un gran albañil y un fracasado; yo era un gran beisbolista y también fracasaría. De tal palo tal astilla. Con una diferencia: él era de Torricella Peligna, un extranjero, y yo no.

—No entiendes nada —dijo, dando por terminada la conversación.

Respiré con alivio. ¿Cómo iba a sacarle cincuenta dólares a aquel forastero pobre y arrugado que había venido de tan lejos y no sabía qué hacer en un país desconocido, grande y complicado? De piedras, de cabras, de pan y vino: de estas cosas entendía. De béisbol no.

Reanudamos la marcha, cruzamos el puente que pasaba por encima de Roper Creek y allí se detuvo, contento de haber localizado una colilla de puro que se le había colado por un agujero del forro del bolsillo del abrigo. Esperé a que la encendiera y aspiré el perfume del tabaco en aquel aire denso.

—Fíjate —dijo, señalando con la cerilla.

En la nieve de la orilla del arroyo había un castor arrastrando una rama de álamo. Vimos al animalito arrojarse al agua y nadar hacia su presa en construcción.

—A eso es a lo que me refiero —dijo—. Con un tiempo así trabaja todo el mundo menos los albañiles. Hasta las ardillas.

—Es un castor, no una ardilla.

—Las ardillas también trabajan. ¡Prueba a utilizar hormigón alguna vez! —gritó al castor—. ¡Verás lo que es bueno!

Mi padre había levantado, ladrillo a ladrillo, los pilares del puente en que estábamos. Recordaba el verano de hacía tres años en que había comenzado a trabajar, y el punto de la orilla del arroyo en que había estado la pequeña hormigonera, con el motor rugiendo bajo el calor del largo día.

Seguimos andando. El primer edificio que había al otro lado del puente era la tienda de caramelos de Hale. Todos los ladrillos de sus paredes habían pasado por las manos de mi padre. Bajo nuestros pies, por debajo de la nieve, estaba la acera de hormigón que mi padre había vertido y allanado con la paleta.

¡Cuántas cosas había construido cuando el sol le daba una oportunidad! Por todo el pueblo podían verse sus obras: escuelas, iglesias, casas, garajes, chimeneas, caminos interiores, terrazas, hogares, aceras de piedra, de hormigón, de ladrillo, escaleras ascendentes y descendentes.

Trabajo, sudor y paga. Cuánto le gustaba aquel trabajo, lo mismo que su incansable hormigonera, la Jaeger, su socia, bufando y resoplando durante todas aquellas jornadas de cielo despejado. Luego llegaban las lluvias, o la nieve, y la máquina se encerraba en el cobertizo y se tapaba con una lona, tan desempleada como su socio. No me extrañaba que fuera a ver a Edna Pruitt. Él no era una máquina de hierro que hibernaba bajo una lona, en espera de que pasara el invierno. Era de carne y hueso.

Pobre papá. ¡Qué vida la suya! Pero no la de Dom Molise. Yo tenía una salida, un don de Dios, El Brazo. Cuando llegamos al porche delantero y nos pusimos a patear para quitarnos la nieve del calzado, se me ocurrió de pronto la solución del problema. Había encontrado un medio. Y sabía lo que tenía que hacer.

A la mañana siguiente me salté el colegio y corrí al instituto de Roper para contarle mi plan a Kenny. Tenía que encontrarlo antes de su primera clase, así que me aposté en lo alto de las escaleras de la entrada y observé la marea de estudiantes que llegaba de la calle.

La tormenta de la noche anterior había cesado, las nubes habían desaparecido y brillaba un sol agradable y cálido. La nieve se derretía aprisa, formando torrentes de agua marrón que corrían junto a los bordillos. Hacia el oeste, al otro lado de las Rocosas, el cielo era de un azul Virgen María, lo que me recordó que en aquella dirección estaban los Cubs de Chicago, seguramente desayunando en aquel preciso momento.

¡Los Cubs! Mis futuros compañeros de equipo: el entrenador Joe McCarthy, Charley Grimm, Hack Wilson, Bill Nicholson, Gabby Hartnett, Stan Hack.

—Oye, Gabby, ¿qué tal es ese Molise?

—Rediós, es fantástico.

—Un poco chulito.

—Tú también lo serías si fueras él.

—Ya ha firmado el contrato.

—Menos mal. ¿Cuánto le darán?

—Veinte mil y otros cinco mil de prima.

—Mucha guita para un diecisieteañero.

—¿Para un jugador que consigue veinticinco puntos? Joder, se lo hemos robado a la competencia.

Sonó la campana de las nueve, llegó un autobús y de él bajó Kenny con un puñado de jóvenes. Subieron corriendo las escaleras. Al verme, Kenny sufrió un sobresalto.

—¿Qué pasa?

—¿Estás listo para partir?

—¿A Catalina?

—Podemos irnos hoy mismo.

—¿Tienes la pasta?

—La tendré dentro de tres horas. —Lo cogí por el brazo—. Vamos a tomar un café y hablaremos.

Retrocedió.

—Tengo clase de inglés.

—Eso es para los críos. Hoy vamos a ser hombres.

Cruzó la calle conmigo, entramos en el drugstore de la esquina y ocupamos un par de taburetes. Mientras fumábamos y sorbíamos el café, le hablé de la hormigonera de mi padre y del plan que tenía para llevármela. En Longmont, a quince kilómetros de Roper, había un almacén de materiales de construcción donde

seguramente me darían cincuenta o sesenta dólares por ella.

—En cuanto la vendamos, subimos al autobús de las cinco y no paramos hasta llegar a California.

No parecía entusiasmado. Tamborileaba con los dedos en el mostrador de mármol, retenía el café en la boca y lo tragaba con algún esfuerzo.

—¿Dónde está la hormigonera?

—En el cobertizo que hay detrás de nuestra casa. Necesitaremos una furgoneta para transportarla. Ahí es donde intervienes tú.

—¿No se suele llamar robo a eso?

—Un hombre no roba a su propio padre. Es como una propiedad familiar. Lo que es suyo es mío y viceversa.

—Eso podría ser verdad si poseyeras algo, pero no posees nada.

—Ahora no —admití, pues me había preparado todas las respuestas—. Pero dentro de dos meses podré comprarle otra nueva, una de esas superpotentes.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Ganaré dinero jugando al béisbol.

Entornó los párpados y negó con la cabeza.

—Locura —dijo—. Locura.

Su pesimismo me deprimió.

—Pero ¿qué te pasa? —dije—. ¿Quién es el cobarde ahora?

—No soy cobarde. Tampoco soy un ladrón.

—¿Ladrón? ¿De qué ladrón hablas? Lo único que tienes que hacer es tomar prestada la furgoneta de tu viejo y llevar conmigo la hormigonera a Longmont.

—Eso me convierte en cómplice del delito.

—¡Delito, ladrón, robo! ¡Deja de hablar así! ¿Crees que mi padre va a permitir que el préstamo de una hormigonera medio estropeada entorpezca mi futuro?

—Conociendo a tu padre, sí.

Respiraba tanta calma, tanta seriedad y tanta tozudez que me entraron ganas de estrangularlo, pero opté por dialogar con él.

—Escucha, mamón. ¿No comprendes que sería una idiotez pedirle permiso a mi padre para vender la hormigonera? Sabes que se negaría.

—A eso es a lo que me refiero.

—Está bien, imbécil. Pero si *no* se lo pido y vendo la hormigonera de todos modos, ¿qué puede hacerme? *Tendrá* que decir que sí, porque se trataría de un hecho consumado. Y un sí es un sí, no importa cuándo se pronuncie. ¿No entiendes lo que te digo? Yo no *robo* la hormigonera, simplemente la saco del cobertizo y le doy un uso temporal, la tomo prestada durante unas semanas, mientras está allí oxidándose sin hacer nada. Cuando fiche por los Cubs, le mando al viejo unos cientos de pavos, para que él mismo se compre la hormigonera que más le guste y se quede con el resto. En otras palabras, obtendrá un beneficio del quinientos o seiscientos por ciento por el uso de esa hormigonera que se muere de risa en el cobertizo. Y mientras tanto, yo ya

estaré jugando regularmente y enviando a mi madre un cheque todas las semanas. Mi madre salda sus deudas, es verano y mi padre consigue buenos encargos gracias a la nueva hormigonera, que es capaz de ejecutar el trabajo de cinco hombres, que es lo normal cuando tienes el equipo apropiado. Así pues, todos contentos. ¿Qué hay de malo en este plan? ¿Te opones a que mi familia se abra camino en el mundo? ¿Por qué mi padre ha de seguir siendo pobre mientras el tuyo se enriquece? ¿Tienes algo contra nosotros porque somos italianos? ¿Me he rebajado a pedirte algo alguna vez? ¿Te estoy diciendo que me prestes el dinero? No. Lo único que te pido es que me prestes la furgoneta para llevarme prestada la hormigonera de mi padre. Si es mucho pedir, olvídalo, olvida nuestra amistad, démonos la mano y que cada cual siga su camino.

Estuvo un rato en silencio, dubitativo, con la frente arrugada, frotándose la nuca.

—Supónte..., sólo por poner un ejemplo: imagina que no sale bien lo de los Cubs. Cabe la posibilidad. Todo es posible.

Era indignante.

—¡Vaya amigos! —dije—. ¡Un día soy un prodigio del béisbol y al siguiente me rechazan los Cubs! Todos estos meses dándome coba y ahora sale la verdad a la luz: ¡la traición, la puñalada por la espalda! —Lo miré con asco—. Es todo, hombre. Hemos terminado.

Dejé una moneda en el mostrador y me fui del local. Salió corriendo a la calle, detrás de mí.

—Está bien —dijo—. Conseguiré la furgoneta, con una condición.

—¿Qué condición?

—Que le devolverás el dinero a tu padre, jugando al béisbol o trabajando en cualquier otra cosa.

—¿Qué «otra cosa»?

—De albañil, por ejemplo.

—Soy beisbolista, Parrish. Un profesional. La gente paga para que lance pelotas. Así me gano la vida.

—Todavía no —dijo con terquedad.

Lo sujeté por el brazo, lo conduje al banco de la parada de autobús de la esquina y le dije que se sentara. Una vez más recurrí a mis reservas de paciencia para explicarle ciertos hechos elementales. Naturalmente que era posible que no fichara por los Cubs. Podían interponerse muchas cosas: una pierna rota, una enfermedad mortal, un accidente de tráfico. Pero estas eventualidades sólo eran contratiempos transitorios que escapaban a mi control. También cabía la posibilidad de que el entrenador de los Cubs no necesitara otro zurdo y me destinara a cualquier equipo regional, tal vez al Los Ángeles, que jugaba en la Liga de la Costa Pacífica, o al Atlanta, que estaba en la Asociación Meridional. Pero no podía llegar más abajo. Yo lo sabía, El Brazo lo sabía y Kenny lo sabía.

—¿Tengo razón o no?

Se encogió vagamente de hombros.

—Supongo que sí.

—No supongas, Ken. Estás jugando con una vida humana.

—De acuerdo —dijo con un suspiro—. Tienes razón.

Si era un robo, entonces estaba mal. ¿Tan mal como cuando mi padre le ponía los cuernos a mi madre? ¿Se figuraba que yo era un gamberro despreocupado que no sabía que estaba deshonrando su matrimonio? ¿Creía que no iba a llevarse su merecido? Decidí que el primer dólar que ganase se lo mandaría a mi madre. Le conseguiría un abogado. La sacaría de Roper, le compraría una casita. A mi padre lo mantendría, le enviaría unos dólares todas las semanas, para que no tuviera que trabajar, pero tendría que vivir solo, en una pensión.

Ken fue a la ferretería y dijo a su padre que necesitaba la furgoneta para transportar equipo deportivo para los entrenamientos, y el señor Parrish le dio las llaves. Fuimos por Arapahoe y entramos en nuestro callejón, dejando en la blancura inmaculada de la nieve las huellas de los neumáticos. Llegamos al cobertizo que había detrás de la casa, bajé y abrí la puerta de hojalata. La construcción, cuadrada y hecha con hierro ondulado, estaba llena de tablones, esparaveles, sacos de cemento y torres de ladrillos. Se alzaba a quince metros de la casa, el sendero que llevaba al porche trasero estaba cubierto por tres palmos de nieve y era un lugar solitario en invierno, apenas visible, nunca visitado.

Di indicaciones a Kenny mientras reculaba con la furgoneta hasta quedar a unos centímetros de la hormigonera. Apagó el motor y miró a su alrededor con nerviosismo.

—¿Y si se presenta tu padre? —preguntó susurrando.

—Nunca viene aquí. Nadie viene.

Para demostrárselo, empuñé un trozo de cañería y lo descargué contra la hormigonera, produciendo un estruendo que sacudió el cobertizo.

—¡No, por el amor de Dios, no! —exclamó jadeante y aterrorizado. Corrió a la única ventana que había, cubierta con una cortina de telarañas y desde la que se gozaba de una turbia vista del patio trasero—. Llevémonos de una vez el maldito chisme.

Inspeccionamos la hormigonera. Era una verdadera joya de anticuario, con unos quince años de vida, montada sobre dos grandes ruedas de hierro, con barra de engancho y argolla. Acercamos la barra a un gancho del parachoques trasero de la furgoneta y la sujetamos con firmeza. Abrí la tapa del motor y arranqué la cédula de propiedad que había pegada en la cara interior. Cogí la pluma Parker que Kenny llevaba prendida en el jersey y firmé con el nombre de mi padre en la línea de traspaso de la propiedad.

Ken se quedó sin aliento.

—¡Dios mío! Eso es falsificación a sangre fría.

—¿Falsificación? Un huevo. ¿Es que yo no me llamo Molise? Lo único que hago es cambiar el nombre de pila.

Jadeaba, el sudor perlaba su frente y sus ojos no dejaban de desviarse hacia la ventana.

—No eres humano —dijo—. Eres un animal. Debería llamar a la poli.

—El fin justifica los medios.

—Eso es mentira, eres un ladrón.

—Vámonos —dijo—. Aprisa. —Se hizo el remolón, deseoso de abandonarme en aquel mismo momento, pero batí palmas con fuerza—. ¿Listos?

Subió a la furgoneta y encendió el motor. Me hice a un lado sin apartar los ojos de la barra de enganche, mientras las ruedas giraban y la furgoneta avanzaba por el sendero, con la hormigonera traqueteando detrás. Cerré la puerta del cobertizo y me senté junto a él. Ken miraba al frente con los dientes apretados.

Iba a mover el cambio de marchas cuando una cara arrugada, pequeña y morena, envuelta en un pañuelo negro, asomó por encima de la puerta trasera de la casa. Era la abuela Bettina. Durante unos segundos me pareció estar en Torricella Peligna. Vi el pueblo detrás de ella, las calles adoquinadas, las decrepitas casas de piedra, la iglesia, las viejas vestidas de negro subiendo las escaleras.

—Dios mío —murmuró Kenny.

—¡Arranca!

No podía. Estaba petrificado de vergüenza, sin respiración, con los ojos saliéndosele de las órbitas y los nudillos congelados en el volante. La puerta dio un crujido cuando la abuela la empujó para salir al callejón. Kenny la miró por el espejo lateral con terror y fascinación mientras la abuela daba la vuelta a la hormigonera y se fijaba en el enganche que la unía a la furgoneta.

—Qué espanto —dijo Kenny con voz quejumbrosa—. ¡Qué espanto más cabrón! —Cerró los ojos y empezó a darse cabezazos contra el volante. Pero no era espantoso. Era ridículo. Era absurdo, de locos. Me eché a reír. La última posibilidad, la más remota, y allí estaba mi vieja abuela, asintiendo con la cabeza y dándose perfecta cuenta de lo que pasaba.

Se acercó a la parte delantera del vehículo con la nieve hasta las rodillas y se quedó mirando a Kenny. Su actitud no evidenciaba sorpresa. Al parecer aceptaba lo que veía y se resignaba.

—Así que éste es el estilo de América —dijo en italiano—. Destrozar el alma de un hombre y luego cortarle las manos. ¿Qué será de mi hijo sin esta máquina? ¿Esperas que mezcle la argamasa con una azada?

Ken no se atrevía a mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Dime lo que ha dicho.

—Dice que es un montón de chatarra y que se alegra de que nos la llevemos.

—Mientes.

Era imposible ocultarlo. La iniquidad de nuestro proceder quedó unida inseparablemente a aquel momento del día, al ángulo del sol en el cielo, al resplandor cristalino de la nieve que se fundía, a las nubes que remontaban las montañas, a la sombra que proyectaba el cobertizo, a la desolada resignación de los ojos de la abuela.

—Roba si tienes necesidad —dijo con la voz quebrada por un sollozo—. Al banquero, a la compañía de la luz, al recaudador de impuestos, pero perdona al desdichado fruto de mi vientre.

—¿Qué pasa? —preguntó Kenny—. ¿Qué dice?

Le expliqué que era difícil de traducir.

—Es una especie de proverbio italiano.

Se apeó de un salto.

—¡Estoy harto! ¡No puedo más! Cuando termines, deja la furgoneta detrás de la ferretería. —Se acercó a la abuela suplicándole con las manos—. Escuche, abuela. Yo estoy limpio. No tengo nada que ver con esto, ¿capich? ¿Usted entender? —Se tocó el pecho—. Yo no culpable. Yo bueno. —Me señaló—. Él malo. Yo no robar. Yo, amigo. Él, granuja.

Se fue corriendo por el callejón, siguiendo las huellas dejadas por los neumáticos en la nieve. Me puse al volante. El cráneo me crujía mientras los ojos de la anciana me lo perforaban. Sin dejar de mirar al frente, la oí hablar del origen y el final de las cosas, de nacimiento y muerte, de crimen y castigo, de Judas y el fin de la honra filial. El rugido del motor ahogó sus palabras, puse la primera velocidad y me alejé. Por el espejo retrovisor vi su solitaria y negra figura en el callejón, con las manos elevadas hacia el cielo.

El camino más corto para llegar a Longmont era cruzar el recinto de las ferias y el cementerio y empalmar con la autopista. Todo el mundo conocía la hormigonera de mi padre, por lo que evité las calles de más tráfico y fui por los callejones hasta que alcancé el recinto, con la hormigonera sonando detrás como un cargamento de latas de conserva.

Los problemas empezaron cuando entré en el cementerio, porque el único camino que lo atravesaba pasaba por delante de la tumba de mi abuelo, Giovanni Molise. Me sentí turbado incluso antes de entrar en el camposanto, y mientras pensaba en ello reuní fuerzas para afrontar la experiencia.

Entonces vi la cruz de granito que se alzaba sobre el pedestal de piedra de la tumba. Era alta como un hombre y muy delgada, cubierta por una capa de nieve que parecía un mantón. El monumento era el orgullo y la alegría de mi padre. Durante dos años había trabajado a intervalos en el cobertizo para convertir una gigantesca losa de mármol en aquella cruz elegante, esculpiendo y desbastando la piedra hasta que quedó lisa como la piel humana.

El ruido tuvo la culpa, el traqueteo y los chirridos de la hormigonera rompiendo el silencio del camposanto. La sola idea de pasar por delante de la cruz me llenaba de temor. A menos de veinte metros de distancia pisé el freno y estudié otras posibilidades para eludir aquel trayecto. Pero me encontraba en un bosque de monumentos y, si no quería ir por allí, tendría que pasar por encima de las tumbas de cientos de almas desdichadas que descansaban en paz en aquellos lugares.

No es que temiese que mi abuelo me hiciera una mala pasada, porque llevaba siete años enterrado, pero su recuerdo seguía entre nosotros. Si hubiera estado vivo, le habría plantado cara con la misma facilidad que a su mujer en el callejón de casa. Pero estaba muerto, totalmente muerto, y tenía miedo de su indefensión. Recordaba cómo había sido cuando estaba en la tierra, aquellos anzuelos de pesca que llevaba en el arrugado sombrero de lona, le gustaban las nueces y las pipas de girasol, y qué bien afilaba los cuchillos, y cómo iba de pueblo en pueblo por la vía del tren, con la pesada piedra de afilar sujeta a la espalda. Recordé que solía ponerse en cuclillas y hurgar en el suelo con un palo; no era un hombre instruido, pero sí un sabio que sonreía todo el tiempo, satisfecho de ser sólo un ser humano en el mundo.

¿Cómo iba a pasar por delante de él? ¿Tan bajo había caído yo? La seductora voz de la fama y la fortuna me había enloquecido. ¿Era éste el premio que merecía el abuelo por haber salido de los Abruzos? ¿Que su nieto profanara su tumba con objetos robados?

Avancé unos metros con la furgoneta para poder leer la inscripción que habían grabado en el pedestal.

GIOVANNI MOLISE
1853-1926
REQUIESCAT IN PACE

Regresa, dijo El Brazo, no seas besugo y dale la vuelta a este vehículo antes de que me baje; da la vuelta, regresa y olvídate de Catalina, pon ladrillos con tu padre, cava zanjas, sé un vagabundo si no tienes más remedio, pero huye de esta ignominia.

Di la vuelta con la furgoneta y puse rumbo a mi casa.

Al entrar en el callejón vi a mi padre junto al cobertizo. No parecía enfadado y se limitó a mirarme con fijeza mientras aparcaba.

—Hola —dije.

Siguió mirándome durante unos segundos y abrió la puerta del cobertizo. Reculé hasta meter la hormigonera en el recinto y siguió mirándome. Y no dejó de mirarme cuando apagué el motor y bajé de un salto.

—Te lo explicaré todo —dije.

Me miraba cuando me dirigí a la parte trasera del vehículo y quité la cadena de la

barra de enganche.

—Se me ocurrió comprarte una hormigonera nueva —proseguí—. Y quise averiguar cuánto podían darme por este montón de chatarra. —Se quitó el abrigo, lo colgó en un clavo y añadí—: Como vamos a ser socios este verano, pensé que era un buen momento para adquirir equipo nuevo. No tiene sentido ponernos a competir como leones con maquinaria anticuada.

Debajo del abrigo llevaba una chaqueta de vestir que no hacía juego con los pantalones y también se la quitó.

—Pero entonces caí en la cuenta de que debía consultarlo antes contigo. Al fin y al cabo, eres el jefe de la operación.

Se acercó a la furgoneta y golpeó el guardabarros con los nudillos.

—¿También la has robado? —preguntó.

Le dije que Kenny se la había pedido a su padre.

—¿Qué es esto? —dijo alargando la mano y sacando la rosada cédula de propiedad que sobresalía del bolsillo de mi jersey. Desplegó el papel y lo leyó, dilatando el blanco de los ojos—. No tienes talento ni para robar —dijo cabeceando—. Has falsificado mi firma donde no debías.

Sonreí.

—Estás completamente equivocado. ¿Estaría aquí si hubiera querido falsificar tu firma? ¿He robado algo? ¿Qué he robado? ¿La hormigonera? Está aquí, donde ha estado siempre. Me duelen esas acusaciones infundadas.

Volvió a mirarme con fijeza. La puerta del cobertizo estaba abierta y pensé en salir corriendo por el callejón. Me perseguiría un par de manzanas, pero no me daría alcance. De súbito alargó la mano derecha, me cruzó la cara y se puso a dar saltitos de boxeador, con los puños por delante, levantando con los danzantes pies una nube de carbonilla.

—¡Defiéndete! —me ordenó bailoteando de puntillas, haciendo fintas y amagos, y trazando círculos.

Me quedé donde estaba, estupefacto, sin ánimo de presentar batalla. Nunca pelearía con él, nunca. Retrocedí para eludir sus derechazos.

—¡Me cago en diez, pelea! —gruñó.

—¿Para qué?

—Si eres capaz de robarme, tienes que ser capaz de pelear conmigo. Vamos, ¡pégame!

Un puñetazo imprevisto me alcanzó la nariz de lado. Un dolor como de vidrios rotos, instantáneo y cegador. Sabor a sangre. Me llevé la mano a la nariz y sentí entre los dedos la cálida hemorragia. Mi padre, consternado, ahogó una exclamación y se golpeó en la mejilla.

—*Mamma mia!*

Salió corriendo al callejón, hundió las manos en la nieve y volvió a toda velocidad con dos puñados goteantes que me acercó a la cara. Hundí la nariz en la

nieve y al cabo de unos segundos, ya con la cara húmeda y fría, dejé de sangrar. Me alargó un pañuelo azul con pintas blancas y me sequé la cara con él. Mi padre estaba pálido y la mano le temblaba cuando, con todo cuidado, me pasó el dedo por el caballete de la nariz.

—Estoy bien —dije.

—¿Por qué? —imploró—. No eres un ladrón..., ¿por qué?

Puede que la nariz sangrante fuera la causa, pero por una vez dejamos de ser padre e hijo y pasamos a ser amigos, y fui capaz de hablarle de mis esperanzas y desesperos, del aburrimiento de la pobreza, de la oportunidad de salir de casa y probar fortuna en el béisbol profesional. Encendió un puro y se acercó a la puerta, dándome la espalda, y le traduje mis sueños mientras el cobertizo se llenaba de nubes de humo. Cuando se volvió, no vi cólera ni decepción en su rostro, sino dulzura, voluntad de comprender.

—Espera un año —dijo—. Terminas el instituto y luego te vas.

—¡Es que quiero irme ahora!

—No escuchas. Quieres hacerlo a tu manera y nada más. Eso demuestra lo joven que eres.

—Quiero ayudarte, papá. Mandar dinero a casa. Podrás tirar ese abrigo y comprarte ropa nueva.

Me observó con el entrecejo arrugado, con la cabeza llena de engranajes que giraban.

—¿Cómo sabes que eres lo bastante bueno?

—Porque soy un pitcher nato natural.

Estiró y estrechó la cara, esforzándose por llegar a una conclusión.

—No sé. Quiero ser justo contigo. Hablaré con alguien.

—¿Con quién?

—No lo sé. ¿Cuánto necesitas?

—Cincuenta.

Dio un silbido y cabeceó consternado.

—Esto no me gusta. He caído en una trampa. Si consiento obro mal y si no consiento también.

A mí me importaba muy poco de dónde sacara el dinero. Por mí, podía pedírselo a Edna Pruitt. Pero lo recuperaría, de eso me encargaba yo. Cuando los Cubs me presentaran el contrato, pediría una prima para cubrir aquellos detalles. Tal vez de mil dólares.

Fuimos hacia la parte alta del pueblo con la furgoneta. Le gustó el vehículo. Hacía años que quería tener uno así. Cada vez que le salía un trabajo tenía que recurrir a Transportes Chet para trasladar los materiales.

—Bonito coche —dijo, inspeccionando la cabina.

—Dentro de un par de meses tendrás uno igual —dije—. Pero un último modelo, y con tu nombre en el costado: Construcciones Molise.

—Corta el rollo, chico. ¿Qué sabrás tú del mundo?

—¿Quién necesita el mundo? A mí dame sólo béisbol.

Suspiró con desánimo y con las facciones contraídas por la angustia. Aparqué delante del Onyx y bajó.

—No me falles, papá. Eres la única persona del mundo de la que dependo.

—Ya veremos. Hablaré con alguien.

—Gracias por darme esta oportunidad.

—Corta el rollo, ¿quieres? —bramó—. Córtalo ya.

Cerró de un portazo y entró corriendo en el Onyx. Fui a la ferretería y aparqué la furgoneta en la parte posterior. Cuando yo bajaba del vehículo, el señor Parrish abrió la puerta. Rodeó la furgoneta, inspeccionándola cuidadosamente. Sus fríos ojos se posaron en mí.

—Que no vuelva a pillarte conduciendo la furgoneta, ¿estamos?

—Ken me dio permiso.

—No hay más que hablar —dijo.

El problema monetario había dejado de preocuparme. Mi padre se las arreglaría de un modo u otro y Ken y yo estaríamos en la carretera en cuestión de horas. Mientras cruzaba el pueblo a pie, camino del instituto de Roper, tuve la clara y dulce sensación de que no pisaría aquellas calles nunca más. Sin resentimiento, sin recuerdos dolorosos. Había sido un buen pueblo, un lugar estupendo desde el que saltar al estrellato. Nada espectacular como Nueva York o Chicago, únicamente un pueblo simpático y sólido que había engendrado a un beisbolista de primera.

Encontré a Kenny en el drugstore que había enfrente del colegio. Era mediodía y el local estaba lleno de adolescentes comiendo. Salimos al sol. Estuvo hosco y hostil hasta que le conté lo que había pasado con la hormigonera.

—No la he vendido. La he devuelto.

—¿Está ahora allí? —preguntó con cara radiante—. ¿Lo sabe la abuela?

—Claro que lo sabe.

—¡Gracias a Dios! —Casi se puso a bailar cuando me echó los brazos alrededor del cuello.

Entonces le comuniqué el notición: que mi padre había dado el visto bueno al viaje a California y en aquellos momentos estaba recolectando el dinero. Me puso las manos en los hombros sonriendo como un bendito.

—Dom, al devolver la hormigonera has hecho algo grandioso. Has demostrado que eres realmente íntegro.

—Tuve que hacer un gran esfuerzo —confesé—. Un hombre más débil habría seguido hasta el final.

—Hacen falta cojones.

—Bueno...

—Estoy orgulloso de ti, porque has salvado nuestra amistad. Estaba decidido a no dirigirte la palabra.

—Apuesto a que Dorothy también.

—Eso ni se discute. Detesta a los débiles.

La vieja llama se avivó y cobró cuerpo.

—Ken —dije—, hazme un favor.

—Pide lo que sea, Hombre de Hierro.

—Cuéntale lo que he hecho. Creo que le gustará oírlo.

—Te lo prometo.

Ante la sorpresa de todos, papá se presentó a cenar aquella noche. Mamá había preparado una cazuela de riñones de cordero rehogados en vino y perejil, y cuando su marido se sirvió por tercera vez, cayó en éxtasis y corrió al dormitorio para ponerse un delantal limpio y una cinta en el pelo. Recogió los platos llena de nerviosismo, aunque todavía no habíamos terminado de cenar. Augie tiró del suyo.

—Venga, que ya has comido bastante —dijo mi madre riendo, y le quitó el plato.

Mi padre evitaba mirarme. Cuando la mesa quedó despejada y los demás se fueron, me senté enfrente de él mientras se terminaba el vino. Todavía sin mirarme, buscó algo en el bolsillo de la camisa y alargó el puño hacia mí.

—Toma.

Sentí en la palma un puñado de billetes enrollados y me quedé sin aliento. Parecía una fortuna. Me levanté de la mesa y salí al porche a contar el dinero.

Eran mugrientos billetes de un dólar, y seguramente los había conseguido pidiendo uno aquí y otro allá. Los conté con una creciente premonición de catástrofe y volví a contarlos. Había veinticinco. Tenía que ser un error. Un error colosal. Los estaba contando por tercera vez cuando mi padre salió al porche.

—Es todo lo que he podido sacar —dijo.

No era suficiente. El billete del autobús de Los Ángeles valía ya veinticinco dólares, pero no me atrevía a protestar. Lo había intentado y había hecho lo que había podido. Al mirarlo, y ver su cara de cansancio y la humedad de sus ojos, supe que para él había sido una experiencia terrible.

Le di las gracias, pero adivinó mis pensamientos.

—¿Y el joven Parrish? —sugirió—. Tiene dinero de sobra. Podría hacerte un préstamo hasta que consigas apanarte.

—Podría.

Miró la calle silenciosa, los árboles pelados que goteaban en la bondad de la noche.

—He pasado un infierno para conseguir esos dólares. Dales utilidad. Vete a jugar al béisbol. Y manda dinero a casa.

Me guardé los billetes en el bolsillo.

—No te preocupes, papá. No te arrepentirás.

Se volvió y sonrió. Me ciñó el brazo con la callosa mano.

—Saca músculo.

—Es el otro brazo —dije—. Prueba con éste. —Adelanté el izquierdo—. Aprieta fuerte. —Me hundió los dedos—. Más fuerte.

Sus dedos se me clavaron como punzones de acero. Flexioné El Brazo lentamente hasta que se formó una bola poderosa que venció su tenaza.

—Muy bueno.

—Es sólo fuerza en estado puro. Deberías ver lo que les pasa a las pelotas.

—Recuérdalo. Manda dinero a casa.

Sabía que podía contar con Kenny. Tenía una asignación semanal y una cuenta en el banco; además, no era como pedirle que financiara toda la operación, ya que yo no estaba en la ruina total.

Supe que se encontraba en casa porque vi luz en su ventana desde la calle. También había luz en la ventana de Dorothy y esperaba que cuando llamara a la puerta me abriese ella y no Kenny.

No abrió ninguno de los dos. Fue el señor Parrish.

—Quiero hablar contigo —dijo, saliendo rápidamente al porche y cerrando la puerta. Aquel hombre parecía un témpano. Y se esforzaba por hablar con frialdad, pero la voz le temblaba de indignación—. Quiero que te alejes de mi hijo. Y de esta casa. —Me clavó el dedo en el pecho—. ¿Está claro? Aquí no eres bien recibido. — El señor Parrish tiritaba.

—Pero ¿qué problema tiene? —dije.

—Escúchame bien. Kenny no va a participar en esa ridícula excursión. Ésas son mis órdenes. Y no va a relacionarse contigo nunca más. Influyes negativamente en el muchacho, ¿entendido? Así que déjalo en paz. Mantente lejos de aquí, quédate en tu parte del pueblo, o avisaré a la policía.

Antes de que pudiera replicarle, aunque no tenía nada que replicar, entró en la casa, echó el cerrojo ostentosamente y apagó la luz del porche. Me alejé medio aturdido. Sabía que el señor Parrish no simpatizaba conmigo, pero no que me odiase. ¿Era porque había conducido su furgoneta? ¿Le había contado Kenny lo de la hormigonera? ¿Se había enterado de lo que había ocurrido entre Dorothy y yo? No tenía la menor idea.

No sabía nada de nada, ni la hora, tenía la picha hecha un lío, no sabía quién era, ni por qué ocurría todo aquello, y todo al mismo tiempo, bajando la colina hacia mi casa, dando traspiés, pero no me preocupaba, estaba harto de preocuparme, y el señor Parrish, con su intervención, había tomado la decisión por mí. El viaje estaba descartado. Sin Kenny, no había viaje. Y yo era demasiado idiota para hacerlo solo, podía equivocarme de dirección y acabar en Torricella Peligna, que era donde debía

estar. Mi padre tenía razón. Debería esperar un año. Joder, Roper no era un pueblo tan malo. Por lo menos podía pasearme por sus calles sin perderme. Le devolvería el dinero a mi padre y esperaría otro año.

El Brazo comenzó a quejarse, a agitarse, a llorar como un niño malcriado, a llamarme cobarde y cantamañanas. Mequetrefe, gusano, eres todo eso que piensas. Le di una palmada de consuelo. Escucha, dije, hay tiempo de sobra, acabemos primero los estudios y pasemos un buen verano aquí en Roper. Trabajaremos para el viejo, lanzaremos pelotas los domingos y ahorraremos dinero. Pero El Brazo sentía poco interés por aquella charla. Se puso flojo y apático y fingió que se había muerto. Tuve que sonreír. ¡Qué pillo era!

Al doblar por mi calle y pasar por delante de la gasolinera de Art, reconocí algo que había en el garaje abierto que servía de taller. Me acerqué a mirar más de cerca. Y allí estaba, la hormigonera de mi padre, con el motor desguazado, las piezas esparcidas por el suelo, el carburador en remojo, en un cubo de gasolina.

Sentí una punzada en el pecho, la certeza de que iba a llorar. Al volver la cabeza vi a Art Belden, el propietario de la gasolinera, recostado en una silla, oyendo en la radio cantar a Bing Crosby «Where the Blue of the Night». Me acerqué y abrí la puerta.

—Hola, Dom —dijo Art.

Tenía la fiambarrera abierta encima de la mesa, delante de él. Llevaba un mono blanco con un bolsillo en el pecho, del que sobresalían cuatro lápices. Detestaba a Art. Detestaba la meticulosa pulcritud de los emparedados de mantequilla de cacahuete que se estaba comiendo. Detestaba la cómoda casita gris de Spruce Street en que vivía. Detestaba a su perro. Detestaba su sonrisa simpática y detesté su respuesta aun antes de que le preguntara qué hacía la hormigonera de mi padre en su garaje.

—La hormigonera que *era* de tu padre —dijo—. Se la he comprado esta tarde. Le creí.

—No te creo —dije.

Dio un mordisco al emparedado, hizo callar a Bing Crosby y me enseñó el recibo firmado por mi padre. Por los veinticinco mugrientos dólares que llevaba yo en el bolsillo.

—Te la compro.

—No está en venta.

—Te daré treinta.

Negó con la cabeza, abrió un termo que contenía leche y se sirvió un vaso.

—Dejémoslo en cuarenta.

—Escucha. No quiero venderla.

Saqué el fajo de billetes y lo tiré sobre la mesa.

—Cincuenta pavos. Veinticinco ahora y veinticinco el verano que viene.

Se acercó un coche y salió a ponerle gasolina. Recogí el dinero y volví junto a la

hormigonera. Estaba abollada y magullada como las manos de mi padre, era parte de su vida y poseía una extraña antigüedad, como si procediera de un país muy lejano, de Torricella Peligna. La rodeé con los brazos y le estampé un beso, y lloré por mi padre y por todos los padres, y también por los hijos, por estar vivos en aquellos tiempos, y por mí mismo, porque ahora tenía que irme a California, no tenía elección, y tenía que quedar bien.



JOHN FANTE (1909-1983), hijo de emigrantes italianos de procedencia muy humilde, trabajó como guionista en Hollywood y dedicó su vida a la literatura, aunque sólo alcanzó el pleno reconocimiento de crítica y público después de su muerte. Entre su producción literaria figura la tetralogía protagonizada por su álgter ego Arturo Bandini, publicada en esta colección, compuesta por las novelas *Espera a la primavera*, *Bandini*, *Pregúntale al polvo*, *Camino de Los Ángeles* y *Sueños de Bunker Hill*, así como *La hermandad de la uva* y *Un año pésimo*. Su nombre ha evocado comparaciones con escritores como Knut Hamsun, Dostoievski, Nathanael West, Raymond Chandler (por su evocación de Los Ángeles), Raymond Carver y en especial Charles Bukowski, cuyo entusiasmo por sus libros fue decisivo para su redescubrimiento. Al igual que éste, su obra alcanzó la gloria en Europa antes que en su propio país, en el que fue reconocido póstumamente y premiado en 1987 con el Lifetime Achievement Award por el PEN.